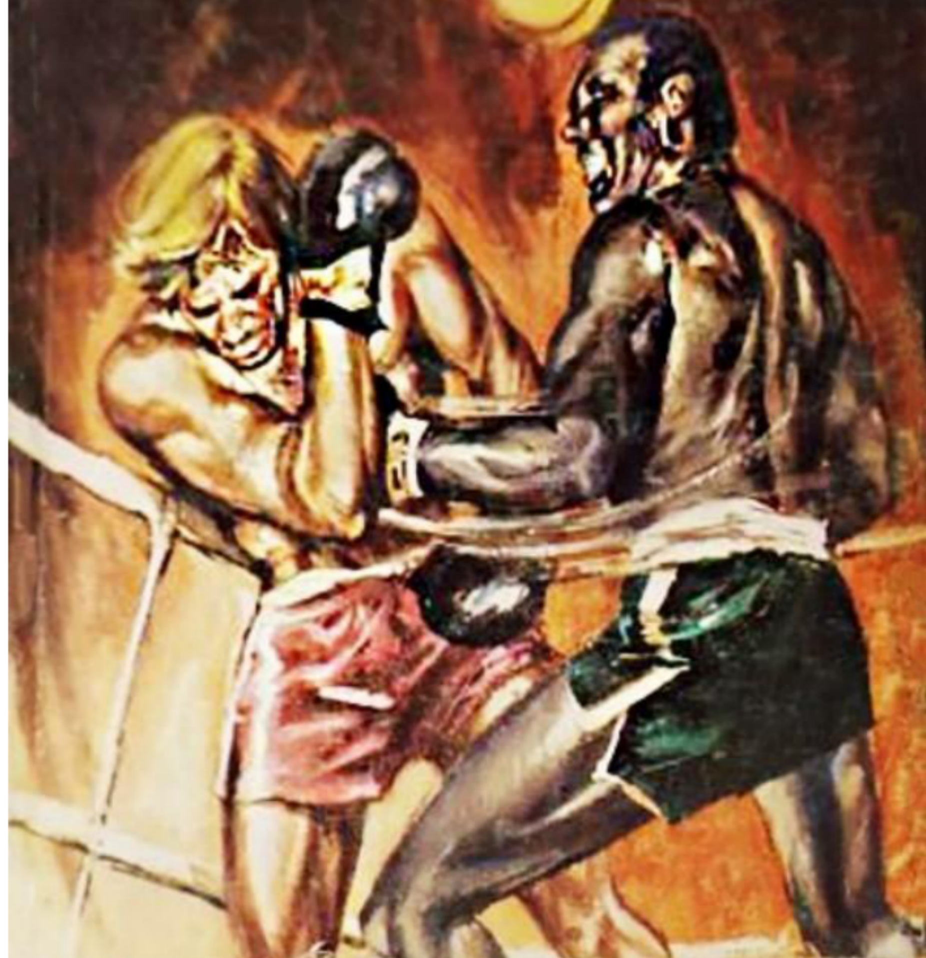
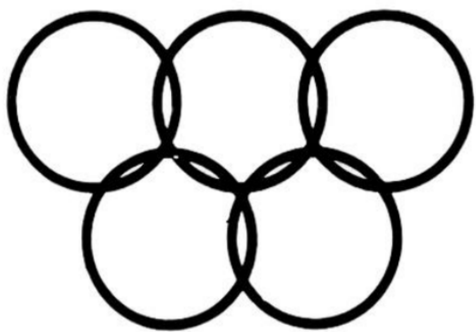

BRUGUERA
BOLSILIBROS
ACCION
RINGO
Curtis Garland



COLECCION
DOBLE
JUEGO



---

DONALD CURTIS

# RINGO

Colección
DOBLE JUEGO n.º 57
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
CAMPS Y FABRES, 5 - BARCELONA

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

52 — *La pareja más completa.* Lou Carrigan.

53 — *La mordedura de la serpiente.* Lem Ryan.

54 — *Te haré besar la lona.* Alex Simmons.

55 — *El as italiano.* Joseph Berna.

56 — *Lucha hasta el fin.* Lucky Marty.

ISBN 84-02-09277-2

Depósito legal: B. 9.466-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1983
2.ª edición en América: noviembre, 1983



Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1983

# CAPÍTULO PRIMERO

Fue una noche triunfal.

Todo comenzó en el cuarto *round*. Precisamente cuando peor se habían puesto aparentemente las cosas para él.

Hasta entonces, el combate iba bastante equilibrado. A los puntos, debía de registrarse un empate o, cuando menos, un margen de uno o dos a favor de su rival, bastante mejor preparado que él para aquel enfrentamiento.

De repente, apenas iniciado el cuarto asalto, ocurrió lo peor. Su rival le «cazó» con un tremendo zurdazo imprevisto, que dio con él en la lona por la cuenta de siete. Se incorporó algo tambaleante, y el otro le acosó, logrando acorralarle en las cuerdas durante unos interminables segundos, en los que cubrió cómo pudo sus flancos, para salir del apuro abrazado al adversario, hasta que el árbitro rompió el mismo con el tradicional grito de «¡break!».

Apenas si faltaban entonces diez segundos para el final del asalto, y él notaba que su ceja había comenzado a sangrar a causa de la brecha abierta por el golpe de izquierda tan estúpidamente recibido en el momento más ventajoso para él.

Oyó la voz de su *manager*, avisándole de que aguantara lo mejor posible esos segundos, cubriendo el rostro para evitar otro impacto en la parte herida. Así lo hizo, angustiosamente, contando de forma mental los segundos que le separaban del golpe de *gong*, y que un boxeador rara vez calcula, en el ardor de la pelea.

Fue entonces cuando, al recibir una lluvia de golpes de los rojos guantes de su rival, mientras se cubría de él lo mejor posible, descubrió fugazmente que en su afán por castigarle irremisiblemente la ceja abierta, el otro había dejado abierta su guardia, y tenía el hígado al alcance de su puño derecho.

La diestra no era precisamente su mejor arma, para eso tenía fama de zurdo, y ello era sin duda lo que, instintivamente, había hecho confiar en exceso a su agresivo adversario. No pudo evitarlo. Era arriesgado, pero lo intentó.

Descubrió su rostro y disparó la derecha contra el hígado rival, cruzando el brazo bajo la lluvia de golpes del otro. Sintió un mazazo bajo el ojo izquierdo, pero importaba poco ya.

Acababa de hundir su puño en los músculos del rival como si estos

fuesen de mantequilla, pese a su dureza. El golpe seco y en corto de un puño así, sostenido por un peso de casi doscientas libras, hizo estragos.

Vio cómo el otro se encogía, repentinamente roto el ritmo de su martilleo. Un bufido sordo escapó entre los labios y el protector del púgil de piel oscura y brillante como el chocolate.

«Ahora o nunca», pensó él.

Y pegó de nuevo, con ambos puños, en el mismo blanco. El negro se dobló, jadeando. Le bastó disparar ahora la zurda contra el mentón mal protegido. Un corpachón de doscientas veinte libras voló sobre la lona, desmoronándose en ella al final, con seco estrépito. El estadio rugió.

Y el *gong*, en ese momento, salvó a su contrincante.

Retrocedió, todavía sintiendo correr la sangre por su mejilla, desde la dañada ceja, mientras su *manager* le acogía con abrazos y gritos roncos de aprobación.

—¡Bravo, Ringo, bravo! ¡Eso es pegar, muchacho! ¡Lo hiciste muy bien, aunque arriesgando mucho! ¡Lo tienes virtualmente acabado! ¡Sigue pegando así y es tuyo! Ahora, veamos esa ceja...

Se dejó caer en el taburete. La esponja corrió por sus músculos palpitantes, la abertura de la ceja empezó a ser restañada mediante rápidos métodos cicatrizantes que frenaran la hemorragia. Miró borrosamente al otro ángulo del *ring*.

Allí estaba Brown Kid, virtualmente derrumbado en su asiento, masajeado con frenesí por sus cuidadores, resoplando, las piernas algo rígidas. Debía de estar pasando problemas. Como él los había pasado otras veces, cuando el rival había sido más rápido que él y le había «cazado» sin remedio.

—Recuerda bien, Ringo —insistía su cuidador, en tanto la herida de la ceja dejaba de sangrar, al menos momentáneamente—. Es tuyo. Sigue pegando sin descanso, no le des cuartel. No puede recuperarse en estos segundos, eso seguro. Casi no tiene aliento. Dale en el hígado. Y en el mentón si se descubre. Ya sabes que ese negrito tiene mandíbula de cristal.

Asintió. Claro que sabía eso. Como sabía que él tenía una ceja, la izquierda, que también llamaban «de cristal» los del condenado argot boxístico. Lo sentía por el negrito. Pero estas cosas eran así. Uno u otro, no había otra alternativa. Allí, sobre la lona, no existía la piedad ni la compasión. No podían existir.

Cuando el *gong* marcó el inicio del quinto asalto, Ringo saltó de su asiento, decidido a terminar cuanto antes la lucha, aprovechándose del momentáneo decaimiento de su rival, todavía afectado por los golpes sufridos al final del cuarto *round*.

Y en esos segundos que siguieron a la campana, el bravo y musculoso joven de piel clara demostró al enfervorizado público que rugía en torno a

las doce cuerdas, lo que era capaz de conseguir un hombre decidido, de pegada seca y poderosa, de una zurda implacable y de una capacidad de resistencia inverosímil.

Porque lo cierto es que Brown Kid, aunque salió ligeramente torpe, le volvió a cazar con otro de sus formidables directos, lanzándole contra las cuerdas violentamente. Notó que le brotaba sangre de la nariz, pero se dio un manotazo en ella y no hizo caso, lanzándose en tromba sobre el negro para que este no se aprovechara otra vez de la ventaja lograda tan inesperadamente.

Le clavó dos zurdazos demoledores en el hígado y un seco *jab* de derecha en el rostro, que hizo tambalear al negro. El clamor en el estadio se hizo ensordecedor.

—¡Ahora, Ringo, ahora! —oyó gritar a su cuidador—. ¡Es tuyo, acaba con él de una vez, no le dejes recobrar el aliento!

Le daba cierta lástima seguir pegando. Siempre le ocurría, cuando el adversario empezaba a estar vencido y flaqueaban sus piernas. Pero tuvo que seguir disparando sus puños a medida que acosaba en las cuerdas al rival. El negrito sangraba por las dos cejas y por un corte bajo el pómulo derecho, cuando aún no había transcurrido un minuto de pelea de aquel asalto. Las rodillas del negro se doblaban. Estaba medio «groggy», pero su cuidador no arrojaba la toalla ni el árbitro paraba el combate, de modo que se vio obligado a seguir pegando incansablemente.

«Es duro el negrito —pensó, mientras le iba acosando y notaba el efecto de sus impactos en el contrario—. Está aguantando en pie lo indecible. Debería caerse ya. No me gusta ensañarme con nadie. No me gusta...»

Brown Kid era como un fantasma moviéndose en el *ring*. Tenía los ojos en blanco y parecía flotar sin saber dónde estaba. «Aquella maldita campana —pensó Ringo—, no acababa de sonar, para cortar el suplicio a su rival». Bajó los brazos, siguiendo al enemigo, pegándole de vez en cuando sin demasiada fuerza.

Eso no gustó al público. Le llegaron silbidos, gritos airados, protestas. Incluso su preparador le gritó:

—¿Te has vuelto loco? ¡Pega, pega! ¡Acaba con él, maldita sea, no juegues estúpidamente, muchacho! ¡Es tuyo, hazle pedazos!

La gente parecía pensar lo mismo. Vio chorrear la sangre por la cara de color chocolate, y sintió náuseas. Decidido, disparó su zurda. Le cazó al negro en el mentón. Notó un chasquido duro bajo su guante.

Y la pelea terminó allí mismo.

Como fulminado, Brown Kid cayó de bruces en la lona. Cuando la besó, todos sabían en el recinto que la cuenta de diez era puro trámite. Ni contándole cincuenta se levantaría.

El árbitro alzó el brazo de Ringo, mientras este caminaba hacia su rincón. La gente le aclamaba. Miró hacia la oscura sala, donde los rostros eran máscaras de sádica complacencia, de morbosa satisfacción. Había gotas de sangre en la lona e incluso en las cuerdas y al pie del *ring*. Sangre suya y del negro. Pero eso no parecía importar a nadie. Es más, tal vez exacerbaba sus instintos.

—Bravo, Ringo —aprobó su cuidador, abrazándole—. Lo conseguiste. Era un tipo duro, pero has demostrado lo que eres capaz de hacer, incluso en malas condiciones. Ese muchacho es un buen boxeador. Y sin embargo, lo has destrozado como has querido. No necesitabas hacer alardes de superioridad, pero eso estuvo bien para la galería, a fin de cuentas.

—No alardeaba, Max —protestó el joven—. Solo intentaba evitar pegarle demasiado.

—¿Estás loco? Eso no lo hagas nunca. Aquí no hay lugar para la compasión. Nadie la tendrá de ti el día que puedan pegarte a modo. Te harán papilla si pueden, con una sonrisa de satisfacción en la cara. Y la gente jaleará tu caída como hoy jalea tu triunfo. Vienen a ver pegarse a unos tipos. Pagan por ello. Y quieren golpes, no caridad cristiana, muchacho.

—Sí, ya me doy cuenta de ello —suspiró Ringo, mientras le envolvían en su bata, y restañaba la poca sangre que había vuelto a brotar de su ceja. Miró al negro, que se incorporaba ya, tambaleante, ayudado por sus cuidadores. Un enorme, gigantesco negro, de al menos dos metros de estatura, cráneo rapado, rostro duro y cubierto de cicatrices y ojos redondos, saltó fácilmente al *ring*, siendo aclamado por algunos con voces y aplausos.

—¡Bravo, campeón! —gritaron unos.

—¡Eh, a ver si enseñas a tu camarada a pelear como tú algún día, Tennessee! —voceó otro.

El negro gigantesco, que pese a su estatura tal vez pesaba menos que Ringo, debido a su esbeltez, aunque el traje de color claro marcase el poderío de sus músculos, se echó a reír, meneando la cabeza, y dando un cachete amistoso al vencido, que se abrazó llorando a él.

—¿Tennessee? —preguntó Ringo en voz alta—. ¿Ese es *Tennessee* Jackson?

—El mismo, muchacho —sonrió su *manager*—. El actual campeón de los pesos pesados. Un gigante, y no solo por su estatura. ¿Oíste hablar de él en tu país?

—Claro. ¿Quién no ha oído hablar de *Tennessee* Jackson o ha dejado de ver alguna de sus peleas. Solo que no creí que fuese tan elegante...

—Es un *dandy* de piel negra —rio el cuidador—. Pero hoy por hoy, es invencible en los Estados Unidos. Luchará dentro de seis meses por el

título mundial. Y seguro que lo ganará.

En ese momento, el poderoso negro venía hacia su rincón, caminando con la flexibilidad de un gato, pese a su corpulencia y estatura. Alargó hacia Ringo una mano gigantesca, enorme, que el joven estrechó, emocionado, mirando a la cara al gigantón.

—Te felicito, amigo —dijo con potente vozarrón el campeón—. Peleas bien. Me has gustado. Te falta pulir algunos defectos, claro. Pero confío en que en este país vas a conseguirlo muy pronto, sobre todo si eres de los que admiten consejos y sabe aprender viendo a los que son mejores.

—Con esa idea he venido a los Estados Unidos, señor —dijo humildemente Ringo.

—No me llames nunca «señor» —sonrió ampliamente el negro—. Para los amigos y colegas, soy solo Tennessee. O Ten, como me dicen muchos. Tú eres un colega. Y espero que también seamos amigos. O enemigos, incluso.

—¿Enemigos? —el joven le miró con asombro—. ¿Quiere decir que yo podría alguna vez...?

—¿Por qué no? Lucha por ello, y tal vez lo consigas, hijo —aconsejó el negro—. ¿Cuánto hace que dejaste Argentina?

—Tres meses, señ... tres meses, Ten —suspiró el joven boxeador.

—Eso está mejor —la sonrisa del campeón se amplió—. Es poco tiempo aún. Y te tengo que decir que eres realmente bueno. Tienes madera, clase. Creo que llegarás lejos. ¿A qué aspiras en realidad?

—A todo, Ten.

—Bravo, así se habla. ¿Cómo te llamas realmente? Imagino que eso de Ringo es solo un apodo...

—Muy cierto. Así me llamó siempre la familia. Y también los amigos y los compañeros de gimnasio en Buenos Aires. Mi nombre es Héctor Valdés. Profesionalmente, soy Héctor *Ringo* Valdés. Mi preparador americano dijo que eso iría bien aquí, en los Estados Unidos.

—Seguro. Es corto y se recuerda fácilmente: Ringo... —afirmó con su afeitada cabeza—. No lo olvidaré, muchacho. Es posible que un día nos encontremos tú y yo en algún *ring* por esos mundos...

—Cielos, Ten, eso es como un sueño —balbuceó el joven argentino.

—Todo es un sueño en nuestro oficio, hasta que deja de serlo —rio Tennessee, palmeando cordialmente las espaldas del joven—. Suerte, muchacho. Si no te falta, y si haces bondad en esto del boxeo, seguro que nos encontraremos un día, no tardando mucho. Y entonces no te sonreiré ni te llamaré «amigo», sino que intentaré tumbarte por todos los medios, igual que tú a mí.

Se apartó, cuando el árbitro venía ya a declararle vencedor por K.O. en el quinto asalto, y se mezcló entre la multitud, alejándose luego con el

perdedor, su hermano de raza Brown Kid.

Ringo había ganado su primer combate de alguna importancia en los Estados Unidos. Claro que aquello no era Nueva York, ni precisamente el Madison Square Garden, pero ganar en Chicago a un pugilista de clase, joven y con aspiraciones, como Brown Kid, no estaba mal del todo para un extranjero llegado poco antes de un país sudamericano.

No estaba nada mal. Porque entre el público había promotores, periodistas entendidos en boxeo y buenos aficionados. Al otro día, las páginas deportivas hablaban de «un muchacho argentino de buena pegada, zurda respetable y buen encajador», capaz de ganar por puro coraje un combate que se le había puesto cuesta arriba, enfrentado a un boxeador joven pero experto como Brown Kid.

En un despacho de la ciudad de Chicago, alguien leía con sumo interés esos comentarios periodísticos sobre la velada de la noche anterior. Ese alguien, dejó de fumar su grueso cigarro, para inclinarse, tomar el teléfono y marcar un número, dejando ante sí desplegado el rotativo donde se veía la fotografía del momento en el que *Ringo* Valdés abatía de un golpe definitivo a su contrincante sobre la lona.

Cuando estableció la comunicación, fue escueto en sus preguntas:

—Oye, Megg, ¿estuviste anoche en el Michigan Stadium?

—Claro. Había un buen combate de fondo, ya sabes, Cochran —respondió su interlocutor—. Nada menos que Barry Siracusa contra Rocky Maxwell...

—Eso ya lo sé —le interrumpió Cochran desabrido—. Siracusa y Maxwell están acabados. Fueron buenos, pero ahora se arrastran por la lona. Me importan un pito los dos.

—Tal vez tengas razón. Hicieron combate nulo. Les faltó combatividad.

—Claro. A Siracusa le matan las mujeres. Y a Rocky las drogas. Te quería hablar de otra cosa. ¿Viste el combate de semifondo?

—¿Te refieres a esos dos principiantes, el negrito Brown Kid y el argentino?

—Sí, a esos me refiero. ¿Qué tal fue?

—No estuvo nada mal. Brown se vino abajo en su mejor momento, pero tiene cualidades.

—Sí. Y perdió por K.O. Háblame del que ganó.

—¿El argentino? Un chico por pulir aún. Le sobran defectos. Pero pega de miedo. Es fuerte como un toro, y sin embargo ágil y rápido como una pantera, cosa poco frecuente en su peso. Algo débil de la ceja izquierda. Pero lo compensa con unas agallas de miedo. Tenía perdida la pelea a poco de acabar el cuarto asalto.

Y tumbó en el quinto a su rival propinándole una paliza que pudo ser

mayor aún.

—¿Quién es su preparador?

—Max. Max Conty.

—Ya —el hombre fumó su cigarro, torciendo el gesto—. Honesto a carta cabal. Y buen preparador.

—Sí, muy bueno. Si le lima defectos, puede hacer algo bueno de ese chico, seguro.

—Bien. Arregla un combate para dentro de un mes, o mes y medio como máximo. Quiero ver a ese Ringo en acción frente a alguien con talla. Elígele a Dusty Keller.

—¡Dusty Keller! —silbó sorprendido Megg—. ¿Estás seguro de lo que dices? Es un tipo que se las sabe todas. Y no se anda con remilgos a la hora de hacer trizas a un novato como ese...

—Tanto mejor —sonrió Cochran—. Así veremos lo que es capaz de hacer el gaucho con un tipo de esa clase.

—El chico no se lo va a creer cuando sepa que puede enfrentarse a Keller en un combate serio. Pero Max va a poner toda clase de obstáculos para el combate. Sabe que su pupilo no está aún para esos trotes y tratará de impedirlo.

—Maneja el asunto a tu modo, Megg. Pero consigue ese combate. Haz que los periodistas hablen de él y caldeen el ambiente. Si Keller puede soltar unas cuantas bravatas, tanto mejor. Eso espoleará al chico, e incluso a Max.

—De todos modos, le hará pedazos.

—Tanto mejor. Así sabremos a qué atenernos. Si nos falla, el tal Ringo será olvidado. Si no... tendremos en nuestras manos a un futuro campeón. Puede haber mucho dinero a ganar con él. Ponte manos a la obra enseguida. Si ese tal Harrison Clark sabe de qué va el boxeo, alguna razón tendrá para afirmar en el *Sport* que ha visto madera de gran pugilista en el argentino.

—Bueno, todos sabemos que Harrison Clark es el mejor comentarista, deportivo de la ciudad, pero tal vez sobre valoró en esta ocasión al chico...

—O quizá tú estabas demasiado pendiente de esas dos ruinas, Siracusa y Maxwell o de la rubia de las grandes tetas que te acompaña ahora, para fijarse demasiado en un boxeador desconocido pero con clase y estilo, Megg —fue la dura réplica de Cochran, que colgó de inmediato el auricular casi con violencia.

El bufido que sonó al otro extremo del hilo, no llegó por tanto a sus oídos. Pero el mecanismo estaba en marcha. Warren Cochran era alguien en el mundo del boxeo de los Estados Unidos, y acababa de lanzar la semilla para un futuro combate espectacular y revelador: un joven argentino, de poca experiencia y casi desconocido en los Estados Unidos, iba a ser enfrentado a un profesional duro y violento como pocos, campeón

del estado de Illinois en la categoría de los grandes pesos, y con fama de exterminador de aspirantes sobre la lona.

# CAPÍTULO II

Max Conty dejó caer su cigarrillo en el café apenas se echó a la cara la página deportiva del *Chicago Tribune.* Incrédulo, contempló los titulares de la crónica del mejor redactor de boxeo de la ciudad:

¿Un próximo enfrentamiento Dusty Keller-*Ringo* Valdés, sin título en juego?

Y lo afirmaba Harrison Clark, que era toda una garantía de veracidad y no de puro y gratuito sensacionalismo, como en el caso de otros reporteros.

—¡Ese Harrison se ha vuelto loco! —bramó Max, comenzando a leer —. Esa idea no se le ocurre a nadie medianamente sensato... Pensar en que Héctor pudiera enfrentarse a un tipo como Keller, aunque sea sin título en juego, es como una utopía para un recién llegado a este país. Además, Ringo no está aún preparado para algo así...

El teléfono le interrumpió. Descolgó, ceñudo, dejando de leer.

—Max Conty —dijo—. ¿Quién llama?

—Soy Megg Neville —sonó una voz gangosa—. ¿Qué tal, viejo zorro?

—Bastante bien, Megg. ¿Qué tripa se te ha roto para llamarme ahora? Ya sabes que no mantengo buenas relaciones con tus promotores.

—Al diablo con eso. Es agua pasada. Tengo una buena oferta para ti, directamente de Woosley, el *manager* de Keller. ¿Leíste la crónica de Clark?

—Estaba haciéndolo ahora. ¿De quién ha sido la broma?

—No hay ninguna broma. Woosley está preparando a Keller para renovar el título del estado dentro de seis meses, frente a Big Williams. Ya sabes que su idea es llegar a enfrentar a Keller, cuando retenga su título, con *Tennessee* Jackson, por el título nacional de los pesados.

—Woosley está soñando despierto. Keller no tiene clase ni condiciones para durarle a Jackson más allá de un par de asaltos en el mejor de los casos.

—Tal vez, pero ahora no se trata de eso, sino de tu joven y desconocido pupilo. Enfrentarle a un hombre como Keller, significaría su consagración definitiva en los Estados Unidos.

—Oh, claro. Y tal vez su final como pugilista al mismo tiempo. Keller es zorro viejo. Se las sabe todas y es duro como una roca. Mi pupilo aún ha de hacerse en combates más sencillos, con enemigos de menor talla...

—Pues lo de anteanoche con Brown no estuvo nada mal.

—Brown Kid no es Keller —le recordó Max irónicamente.

—Tal vez. Pero Cochran cree que puede resultar taquillero y dar impulso a tu pupilo y al propio Keller. Solo hace falta tu palabra, y estará firmado el compromiso, Max.

—No quiero enviar a Ringo al matadero tan pronto, Megg. De todos modos, lo pensaré, Si me dais tiempo, quizá pueda hacer algo, no sé.

—Tienes mes y medio para el combate, como máximo. Y cuarenta y ocho horas para consultar con la almohada. Pero no vas a poder ocultar al chico su gran posibilidad inmediata. Esta noche, la televisión transmitirá un programa especial al que acuden Keller y Woosley. Se hablará de tu pupilo y de ese combate. Los diarios van a machacar por su parte estos días. Para ese argentino, un combate así es como un sueño. ¿Crees que podrá convencerle para que no lo acepte?

—Lo tenéis todo calculado, ¿eh? Jugaréis con sus ilusiones. Y tal vez después del combate, Ringo fuese un juguete roto, incapaz de recuperarse jamás...

—¿Tan poco confías en él? —rio Megg—. Creí que preparabas campeones, no muñecas de porcelana. Ya hablaremos, Max. Dentro de dos días, recuerda.

Colgó. Se quedó huraño, pensativo, la mirada fija en el periódico que mantenía ante sí. Preguntándose qué decisión tomar y, sobre todo, qué pensaría el joven Héctor de todo ello...

* * *

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Sí, Max. Completamente seguro. Es una gran oportunidad. Tal vez no se presente otra...

—Acabas de ver los videos de los tres últimos combates de Keller. ¿Qué has sacado en conclusión de ellos?

—¿Qué es una bestia. Golpea como una mula y no tiene piedad del adversario —sonrió el joven argentino—. Pero le falta cintura y es algo lento al final de cada *round*. Creo que tiene poco fondo, aunque se recuperase con facilidad.

—Hasta ahí, todo correcto. Pero habrás visto de lo que es capaz cuando alcanza a alguien con su diestra...

—Lo he visto. Y he notado lo marrullero que es. Pega con la cabeza, golpea la nuca cuando acorrala a sus adversarios. Un viejo zorro que se las sabe todas. Duro y correoso. Pero vulnerable.

—¿Vulnerable para ti? ¿Estás seguro?

—Por completo. Yo que tú, firmaría esa pelea.

—Te juegas mucho en ella. Y no tienes nada a ganar. Si vencieses a esa bestia, no serías campeón de nada. Solo un *sparring* respondón.

—Pero me daría cartel. Si luego llegase a campeón de nuevo, yo sería

«el que ganó a todo un campeón de Illinois». Es mejor que negarse a pelear por miedo.

—Yo no tengo miedo. Eres tú quien va a subir a la lona a pegarse con él. Pero no quiero que te destrocen estúpidamente. Sigo pensando que esa pelea es una locura, si bien la bolsa es apetecible. Pero tú no has venido solamente a ganar un puñado de dólares a los Estados Unidos, sino a ser campeón y ser millonario, muchacho.

—Exacto —sonrió Héctor—. Y ese combate puede ser el principio.

—O el fin —sentenció gravemente Max.

—Todo lo importante tiene sus riesgos, Max. ¿Por qué no afrontarlo lo antes posible? En mes y medio sé que puedo aprender mucho con un hombre como tú...

El preparador se quedó mirando fijamente a su joven pupilo. Meditó largamente, en silencio. Al fin habló con energía:

—Está bien. Sea como dices, Héctor. Pero no esperes cuarenta y cinco días de vida tranquila. Voy a darte la mayor paliza imaginable en entrenamiento y preparación. Vas a enfrentarte a duros *sparrings* con las características parecidas a Keller, y les voy a decir que te aprieten bien los tornillos y no tengan miramientos contigo a la hora de pegar. Va a ser el peor mes y medio de tu vida, te lo aseguro. Y cuando termine contigo, estarás tan agotado, que deberás descansar una semana entera antes de medirte a ese tipo. ¿Qué me dices a ello?

—Que está hecho por lo que a mí respecta —rio Héctor Valdés jovialmente—. ¿A qué crees que vine a este país? ¿Por qué elegí la carrera del boxeo en mí querido barrio de Belgrado, allá en Buenos Aires? Quería llegar. Y no me importa cómo ni a costa de qué, Max. Estoy dispuesto a pegar y a recibir cuanto un hombre pueda aguantar.

—Ojalá sea así. Con Brown tuviste un momento de debilidad. Te apiadaste de él...

—Lo sé. Temí hacerle demasiado daño, lo admito. Pero eso no ocurrirá con Keller, te lo garantizo. Si puedo pegarle de firme, lo haré hasta el final, sin flojear.

—No se hable más. Firmaremos ese combate, y que sea lo que Dios quiera, Ringo. Espero que no me defraudes y, como mínimo, pierdas solo a los puntos y no por fuera de combate. Si te veo en mala situación, no dudaré en arrojar la toalla.

—De acuerdo, pero solo si ves que no tengo posibilidad de reacción, ¿está claro?

—Como la luz del día. Ahora, a trabajar. No podemos perder ni un solo minuto. Dentro de cuarenta y cinco días, estarás enfrentado a ese hombre, solo en un *ring*, rodeado por varios miles de espectadores que te serán hostiles y alentarán sin cesar a su campeón local. Dios te proteja entonces,

muchacho. Será como meterte en un infierno donde puedes dejar tu alma y tu cuerpo para siempre.

—Tengo fe en mí mismo, Max. He visto varias horas en el video a ese hombre y su modo de pelear. Sé que puedo ganarle, y lo intentaré por todos los medios.

—¿Sabes una cosa, Ringo? Me gustaría que pensaras igual cuando estés a solas con él entre las doce cuerdas... pase lo que pase. La fe en ti mismo es algo que ni yo ni nadie puede enseñarte. De modo que si la tienes de antemano, eso que llevas ganado. Y a veces es mucho. Mucho más, incluso, de lo que puedan pensar Woosley, Megg o el propio Dusty Keller...

* * *

Fueron cuarenta días realmente terribles.

Aislados en una finca fuera de la ciudad, no lejos del lago Michigan, preparador y discípulo llevaron una vida de cartujos, lejos de todo mundanal ruido, dedicando horas y horas al ejercicio físico, a hacer guantes, a «hacer sombra», a entrenar en toda clase de especialidades, y a recibir con cierta frecuencia a los *sparrings* seleccionados implacablemente por Max Conty de entre los más duros y pegadores de que disponía.

Héctor Valdés quemó grasas, fortaleció músculos, ganó en agilidad pero, sobre todo, aprendió a encajar sin pestañear los más duros golpes, a devolverlos con fulminante eficacia, y a estudiar, durante largas horas, llegada la noche, el estilo y modos de Keller en los videos que Max proyectaba incansablemente en el televisor.

Al término de ese tiempo, los diarios dedicaban ya la casi totalidad de sus páginas deportivas al inminente combate entre el campeón de Illinois y el joven argentino sediento de gloria. La mayoría de comentarios, naturalmente, se inclinaban por una fácil y rápida victoria del campeón, incluso demoledora posiblemente, sobre el que era considerado poco más que como un vulgar *sparring,* de cara a la disputa del título meses más tarde.

Max no había autorizado entrevistas con los periodistas durante el aislamiento en la finca campestre, deseoso de mantener a su pupilo lo más alejado posible de la fuerte tensión a que inevitablemente sería sometido en las horas previas al enfrentamiento. A medida que se aproximaba este, la preocupación del buen *manager* iba en aumento. Ante Ringo disimulaba cuanto podía, así como delante de los reporteros, pero cuando se hallaba a solas, hundía su rostro entre las manos y reflexionaba sobre las escasas o nulas posibilidades que podía tener su pupilo en aquel enfrentamiento con Dusty Keller.

Y justamente dos días antes del esperado *match,* con las localidades del

recinto deportivo totalmente agotadas, Max Conty recibió una visita totalmente inesperada.

—El señor Palermo desea verle, señor Conty —dijo el camarero del hotel donde se hallaban concentrados pupilo y *manager* en vísperas del combate.

—¿Palermo? —se estremeció Max, ensombreciéndose su rostro—. ¿Qué viene a hacer ese hombre aquí?

—Lo ignoro, señor —se encogió de hombros el camarero—. Ha pedido verle con urgencia, eso es todo.

—Bien, hágale pasar.

Momentos más tarde, un hombre elegante, de mediana estatura, cabello negro, salpicado de canas plateadas, gafas de montura metálica con cristales de un color amarillo oscuro, impecablemente vestido, entraba en la estancia, tendiendo su mano a Max.

Este la estrechó, encontrándola fría y viscosa. El visitante sonrió, afable.

—Mi querido Max, es un placer verte de nuevo —declaró—. Imagino que tú no pensarás lo mismo de mí...

—Dejemos eso ahora, señor Palermo —dijo fríamente Max—. El pasado queda atrás. Todo está olvidado. Pero nunca pensé que viniera a visitarme después de todo aquello.

—Como tú dices, el pasado está olvidado —sonrió más ampliamente, haciendo un ademán indolente con su mano—. Me interesaba verte hoy, eso es todo. A fin de cuentas, somos viejos amigos.

—No demasiado amigos. Nunca me gustó andar con tratos con la mafia.

—Y así te ves —rio Palermo, irónico—. Tu pupilo ahora es ese joven argentino sin cartel, cuando podría ser el mismísimo *Tennessee* Jackson, de haber seguido con nosotros.

—Siempre me interesó ser honesto. Aunque fuese llevando a jóvenes aspirantes.

—De eso venía a hablarte. Supongo que te gustaría ver a tu pupilo como aspirante al título de este estado, para empezar su carrera en los Estados Unidos brillantemente.

—Sería un hermoso sueño. Pero solo eso: un sueño. No volveré a la mafia que ustedes regentan para ver campeón a mí muchacho, se lo aseguro.

—No vengo a hacerte esa oferta, Max. Te ofrezco más aún. Sin necesidad de unirte a nosotros, siguiendo todo tal como está... Pasado mañana, tu pupilo ganará a Dusty Keller.

—¿Qué quiere decir con eso? —Max arrugó el ceño, mirando a Palermo con fijeza—. No me gustan sus palabras.

—Seguro que van a gustarte. Si has de apostar dinero, hazlo por tu pupilo. Ganarás bastante. Las apuestas están veinte contra uno. Y todavía se decantarán más, a favor de Keller, naturalmente. Es el momento de ganar dinero fácil. Eso es lo que haremos nosotros.

—Esas palabras me huelen mal, Palermo. ¿Qué está tratando de decirme?

—La cosa está bien clara. Keller perderá la pelea. Tu pupilo va a ser el ganador, ¿no te alegra la noticia?

—¡Un momento! —saltó vivamente Max, palideciendo—. ¿Qué significa eso? Claro que quiero que mi muchacho gane, pero que sea limpiamente...

—Vamos, vamos, no digas tonterías. Sabes perfectamente que ese joven, pese a sus posibles condiciones, jamás ganaría a un hombre como Dusty Keller. Eso lo sabe todo el mundo, por eso las apuestas están aplastantemente a favor del campeón. Pero si el argentino gana, contra todo pronóstico, muchos nos haremos ricos. Y tú tendrás un boxeador lanzado a la fama.

—No a ese precio, Palermo. No acepto componendas. Me opongo a arreglos sucios.

—Eso, querido amigo, no está en tu mano evitarlo. Keller se dejará caer cuando tu pupilo le golpee. No quería aceptar el arreglo, pero hay razones convincentes para quitarle la idea de la cabeza. Tiene una familia, ¿sabes? No quiere que llegue a ocurrirle nada.

—¡Miserables! Es vuestra arma... Coacción, amenaza, chantaje...

—Ten cuidado, Max —avisó suavemente Palermo entornando los ojos con frialdad—. Te salió bien una vez enfrentarte a nosotros. No repitas la experiencia, por si acaso. Sería tentar demasiado a la suerte.

—Podría advertir a mí pupilo, pedirle que no ganara así esa pelea.

—Entonces no sería la familia de Keller la que peligrase... sino la integridad física de tu muchacho. Quizá, incluso, su propia vida... —Palermo sonrió de nuevo suavemente, moviendo la cabeza—. Créeme, Max, sé buen chico y acepta las cosas tal como vienen. Tu pupilo vale bastante, y esa victoria le promocionará considerablemente, aunque luego en otra pelea de revancha, que concertaremos previamente, Dusty aplaste al muchacho sin remedio. Nadie le reprochará haber perdido con el campeón, después de ganarle una vez. Y el negocio estará hecho.

—Son todos unas ratas miserables... —jadeó Max, lívido, apretando los puños—. Ringo está preparado para ganar ese combate, no necesitaba amaños asquerosos...

—Será más seguro que las cosas no se tuerzan luego —rio Palermo, dirigiéndose a la salida—. Y recuerda que si quieres ganar un dinero fácil, te basta apostar por tu pupilo dos o tres mil dólares... Más favores,

imposible, viejo amigo.

Salió cerrando tras de sí. Max, furioso, golpeó un puño contra otro. Paseó por el *living* de la *suite* hotelera como un león enjaulado.

—Cerdos, canallas, rufianes... —continuaba su retahíla llena de ira impotente—. Siempre han de ensuciarlo todo con sus malditas zarpas... No hay nada limpio en lo que ellos tocan... Dios mío, si al menos Ringo no llega a saber nada de esto... Confiemos en que sea así, por todos los diablos.

—¿Qué te ocurre, Max? ¿Estás nervioso?

Se volvió, sobresaltado. Miró al sonriente Ringo, que le miraba desde la puerta de comunicación con su dormitorio. Se rehízo, aparentando una normalidad que distaba mucho de sentir. Luego, sonrió forzado.

—Sí, algo... —admitió con un resoplido—. Me visitó un tipo desagradable, un periodista de esos chismosos... Le saqué de aquí con cajas destempladas, eso fue todo. Nada importante, muchacho, pero a estas alturas, todo influye en los nervios, hasta lo más nimio.

—Pues serénate un poco —rio Héctor Valdés—. Después de todo, soy yo quien va a subir al *ring* pasado mañana, no lo olvides...

# CAPÍTULO III

Era el momento de la verdad.

Acababa de sonar el *gong*. Primer *round*. Los dos púgiles acababan de saludarse, ávidos de cruzar los guantes. Se estudiaban mutuamente, la mirada alerta, daban unos pasos por el *ring*, tirando un par de golpes de simple tanteo. Lo de siempre.

Alrededor de las cuerdas, en la penumbra cargada de humo de tabaco, se apretujaba el público de Chicago, deseoso de ver ganar a su campeón, hostil al sudamericano que venía a su propio feudo en busca del éxito.

Dusty Keller era fuerte, musculoso. Algo chaparro, sólido y duro. Pelo ralo, algo rubio, y una coronilla prematura que iniciaba la calvicie. No era demasiado joven, pero tampoco un boxeador veterano, se las sabía todas, eso sí. Y Ringo estaba seguro de que, si la suerte se ponía del lado de su contrario, él estaba perdido, pese a todos los esfuerzos de Max por enseñarle cómo afrontar aquel choque.

Por cierto, pensó fugazmente Héctor, al cruzar los primeros golpes con el rival, que Max estaba extrañamente tranquilo esta noche. Aunque a veces parecía nervioso e incómodo, no parecía temer por el resultado de la pelea tanto como temiera antes, durante los duros y pesados entrenamientos en las afueras.

Ni siquiera le había dado demasiados consejos al dirigirse al centro del *ring*, antes de iniciarse el combate, y eso en él sí que resultaba raro. Ahora, solo podía oír la voz del preparador de Keller, allá en su rincón:

—¡Cuidado con su izquierda, Dusty! ¡Es peligrosa! ¡Cúbrete bien! ¡No descuides la guardia! ¡Ataca, vamos, ataca! ¿A qué estás esperando?

La gente ruga por todos. Sus gritos de aliento a Dusty se entremezclaban con denuestos hacia su persona. Su condición de argentino era utilizada como arma de batalla para insultarle, pero a Ringo esas cosas no le alteraban. Sabía lo que era el público y lo que podía esperarse de los espectadores hostiles, los que apoyan al contrario. Eso era igual en todas partes. No tenía por qué influir en él.

Evitó los dos primeros golpes de Keller. No fue difícil. Eran dos ganchos sin demasiada malicia ni potencia. Se perdieron en el aire. Algunos silbaron, impacientes.

—¡Vamos, Dusty! —chilló uno—. ¿Es que vas a tratar con cariño al bebé de las Pampas? ¡Pégale fuerte, que se lleve a su país un saco de golpes!

Otros corearon con gritos y risas ese comentario. Pero Keller no se lanzó a fondo. Tanteó un poco más, disparó su diestra contra el rostro de Ringo, y este blocó perfectamente el golpe, replicando con un seco zurdazo que hizo retroceder a Keller dando un saltito ágil.

El primer *round* no tuvo mayor historia. Ringo volvió a su rincón, donde le refrescaron. Max se inclinó hacia él, masajeando sus músculos con suavidad.

—Si te cubres bien, contraataca sin miedo —aconsejó—. Trata de pegarle fuerte al menor descuido. Keller parece hoy algo desconfiado en sus fuerzas. No te dejes impresionar por el público. Es todo suyo.

Héctor asintió, dirigiendo una ojeada indiferente a las primeras filas de espectadores. Entonces vio a la rubia.

Estaba sentada junto a un tipo de sombrero hundido hasta las orejas, rostro ratonil y bigote lacio. Era joven y tenía una cabellera resplandeciente, tal vez no del todo auténtica en su tonalidad dorada. Pero lo más atrayente de aquella espectadora era su busto.

Héctor jamás había visto antes de ahora unos senos como aquellos. El suéter que los ceñía no hacía más que realzar su volumen y poderío. Eran dos majestuosos globos de carne que parecían a punto de reventar la estirada lana de la prenda que los sujetaba. Con cada movimiento, aquel par de melones vibraban agresivos, incitantes. Héctor resopló. Recordó que hacía más de dos meses que no convivía unas horas con una mujer.

Max se fijó en la dirección de su mirada. La siguió. Frunció el ceño. Y meneó la cabeza negativamente.

—Cuidado con esa rubia —avisó—. Es amiguita de Megg Milder, uno de los organizadores de esta pelea. No te indispongas con él por una fulana. Esa chica se acostaría con cualquier boxeador joven, y más si es un ganador. Es una devoradora de hombres. No te convienen las de su clase, créeme.

Sonó el *gong*. Comenzaba el segundo asalto. Pero ya la rubia le había dirigido una mirada y le hacía un guiño malicioso. Héctor se puso en pie, abandonando su rincón. Sentía algo especial, un hormigueo de inquietud en su cuerpo. Se imaginó, mientras iba hacia Keller, que ganaba aquella pelea y la chica rubia de los grandes senos se fijaba en él. Salían juntos, bailaban, se besaban... y todo lo demás.

Notó un escalofrío. El deseo no debía nublar ahora su mente, pensó. No era el momento de pensar en mujeres. Por fortuna, Keller no había salido en tromba, y sus golpes carecieron de contundencia y rapidez para ponerle en apuros. Aun así, Max sí le gritó esta vez, destemplado:

—¡Pelea, Ringo, pelea! ¡Vamos! ¿A qué esperas? ¡Cúbrete, infiernos!

Se cubrió. Muy a tiempo, porque Keller le lanzó un derechazo seco y rápido. Pero eso fue todo. Estaba singularmente lento y poco agresivo. La

gente protestaba. Ringo le lanzó un par de zurdazos, y Keller se cubrió bien de ellos, pero retrocediendo. Era como si dejase la iniciativa a su rival.

«No lo entiendo —pensó Ringo—. Este no es el mismo Keller que he visto en los videos... Él nunca da cuartel».

Pensó que lo mejor era aprovecharse de la aparente debilidad de su rival, intentar acumular puntos con su propia agresividad. Y se lanzó derecho hacia Keller, manejando sus brazos con agilidad y precisión.

Le cazó dos veces en pocos segundos. Sorprendido él mismo por su éxito, observó que Keller se tambaleaba, agarrándose luego a él, para evitar la lluvia de golpes. El árbitro les separó, y la gente, enfurecida, comenzó a denostar a Keller, apremiándole a sacar las esencias de su boxeo rudo pero eficaz.

Fue inútil. Su contrario parecía sonámbulo sobre la lona. Atacó tímidamente, para replegarse de nuevo, poco antes de sonar el *gong* dando por terminado el segundo asalto. Envalentonado por ello, Ringo se lanzó en tromba al ataque. Pudo conectarle un gancho de derecha y un directo al mentón con su zurda, que hicieron daño. Vio que Keller se tambaleaba, con mirada turbia, retrocediendo.

Entre un alud de silbidos, el árbitro detuvo la pelea y contó. A la cuenta de cuatro, sonó el *gong*. Keller, como si flotara, volvió a su rincón. El escándalo en el público era mayúsculo.

—¿Qué le pasa hoy a ese? —rezongó Héctor, al sentarse en su taburete —. Parece dormido...

—Creo que si le pegas dos veces más, serás tú quien le duerma por la cuenta de diez —rio uno de sus masajistas.

—Intenta aprovechar su desconcierto —habló Max con rara frialdad—. Pégale duro, muchacho. Tal vez resulte más fácil de lo que pensamos. No dejes pasar la oportunidad que se te presenta.

Ringo asintió, mirando pensativo a su *manager*. Era raro, meditó, que estando con alguna posibilidad de triunfo, su cuidador se expresara con aquella falta de emoción. Había subido al *ring* con un cálculo de probabilidades de cinco contra noventa y cinco en contra suya. Y ahora podía abatir a Keller. Pero eso, a Max Conty, no parecía emocionarle como era de prever.

No pudo pensar más. Tras otra ojeada a la rubia de los senos inmensos, que volvió a guiñarle el ojo, mientras asomaba la puntita de la lengua por entre los labios carnosos y muy pintados, Ringo se fue como una centella hacia Keller.

Su sorpresa fue enorme cuando, al tercer golpe que logró colocar en el rostro granítico de su rival, este cayó como fulminado. El árbitro inició la cuenta, apartándole a él, en medio de un ensordecedor griterío.

Sin podérselo creer apenas, Ringo permaneció quieto, a la espera. El

árbitro alcanzó la cifra «diez» anhelada. ¡Keller había perdido por K.O. al iniciarse el tercer asalto!

El campeón de Illinois yacía aún inconsciente, vencido, roto sobre la lona. El árbitro alzaba su brazo en señal de victoria. Los *flashes* de los fotógrafos de prensa eran como relámpagos constantes en el temporal que había estallado en el público.

—¡Keller, debes estar borracho! —clamaba uno.

—¡Tongo, tongo! —rugía otro. Y algunos le coreaban.

Pero lo cierto es que tan temido combate había llegado a su final. Y ahora, el campeón que debía poner pronto en juego su título, estaba allí vencido por un novel, derribado por la cuenta fatídica en su propia ciudad, ante sus incondicionales.

Sus cuidadores le rodearon, algunos espectadores le alzaron en vilo, y les oyó hablar en español, ya fuese con acento sureño o portorriqueño, como con acento mexicano. Los hispanoparlantes de Chicago, a fin de cuentas, demostraban su simpatía al representante latino en aquella pelea.

Cuando le estaban cortando las vendas de los guantes en el vestuario, todavía no se lo pasaba a creer. Él, Ringo Valdés, había vencido a Dusty Keller, todo un campeón. Miró a Max. Y aunque este ampliamente, rogando a los periodistas que esperasen fuera y cerrando a duras penas la puerta del vestuario, creyó ver en sus ojos una nota de tristeza, de pesar, que no tenía mucho sentido esta noche triunfal.

—Lo logré, Max, lo logré —dijo con entusiasmo Héctor—. ¿No es maravilloso?

—Claro que lo es —asintió Max—. Ya nos han pedido una pelea de revancha para antes de disputar el título de campeón Keller. Será todo un acontecimiento. Y vas a llevarte una buena bolsa. Te felicito, muchacho.

—Eh, Max, ¿qué es lo que te pasa? Dices todo eso como si volviéramos de un funeral, o como si hubiera sido yo el noqueado. ¿Es que no lo hice bien? ¿Es que no tiene mérito abatir a todo un campeón?

—Mérito... —Max encajó las mandíbulas, irritado. Se volvió de repente hacia él—. Mira, Ringo, lo peor que puede ocurrirte es que sobrevalores tu actuación de esta noche. Ha sido una buena pelea, y basta. Cometiste errores suficientes para que un Keller en condiciones normales te hubiera tumbado ya en el primer *round*. Por fortuna, le cogiste en su noche mala, y eso te salvó. ¿Qué quieres ahora? ¿Qué proclame a los cuatro vientos que ha nacido un nuevo campeón del mundo?

Dolido, Ringo pestañeó, tumbándose y dejando que el masajista suavizara sus músculos.

—No te pedía tanto, Max. Imaginé que este era un triunfo de los dos... —musitó.

—Un triunfo... Escucha, Ringo. El mundo del boxeo es un mundo

extraño, ¿sabes? Ocurren cosas que uno no puede entender. Hoy la gloria es tuya, pero en la revancha no debes albergar sueño alguno. Si ganaras esa noche a Keller otra vez, adiós campeonato para él. No le enfrentarían al aspirante después de haber perdido dos veces con un muchacho nuevo. De modo que ese día saldrá a aplastarte. Y quizá lo logre. Será mejor que vayamos pensando en lo que hay que hacer entonces, y olvidar la gloria efímera de esta noche.

—Tal vez tú puedas olvidarla. Yo, no, Max —dijo con energía Héctor, no carente de alguna acritud hacia su preparador—. Y pienso celebrarla a mí modo. Porque supongo que hoy, cuando menos, tendré la noche libre para divertirme.

—Claro —le miró tristemente—. Esta noche y mañana. Pasado mañana, al gimnasio de nuevo. Disfruta de tu tiempo, campeón. Pero cuídate lo suficiente. Y no te envanezcas demasiado por tu triunfo. La gente quizá te felicite y te sonría en todas partes, pero será solo apariencia. Has humillado a su ídolo, y eso ellos no lo perdonan, y menos aún a un extranjero.

—Desde luego, Max, estás de lo más alentador —le reprochó Héctor duramente—. Si lo sé, hubiera sido mejor dejarse ganar. Tal vez eso te satisfaría más.

Max le miró en silencio, y luego abandonó el gimnasio dando un portazo. Héctor se tumbó en la mesa, durante el resto del masaje, ceñudo y ensombrecido. Allá fuera, su entrenador hablaba con la prensa. Más tarde le tocó hacerlo a él. Después de sufrir el acoso de los reporteros, acabó de vestirse, recogió su bolsa con sus útiles, y se encaminó a la salida por el largo corredor del estudio.

Ya fuera, miró en derredor repetidas veces. No vio ni rastro de Max. Se había debido ir al hotel, sin despedirse siquiera de él. Se encogió de hombros, echando a andar por la acera, mojada por una fina llovizna que ya había cesado. Las luces de Chicago brillaban en la noche. Ringo contempló aquella gran urbe, diciéndose que había empezado a conquistarla. Que era el principio de la conquista de los Estados Unidos.

No había recorrido ni veinte pasos, cuando una voz le llamó:

—¡Eh, Ringo, campeón, buenas noches!

Se detuvo. Miró al automóvil aparcado junto a la acera. Se estremeció.

La rubia de los senos impresionantes estaba al volante. Tenía la portezuela entreabierta y le sonreía invitadora. Observó que su falda, al sentarse ante el volante, quedaba ceñida a la parte alta de sus muslos. La perspectiva de aquellas piernas era digna continuación de la línea agresiva de su torso. «Una hembra de una pieza», pensó Ringo.

—Hola —sonrió él, deteniéndose—. Solo ganador de un camba te. De campeón, nada. Todavía, al menos.

—Tumbaste al campeón —sonrió ella—. Eso aquí, te convierte a ti en campeón, para los que conocemos el mundillo del boxeo, Ringo. ¿Quieres subir? Podríamos dar un paseo por ahí...

Héctor vaciló. Recordó las palabras de Max en el rincón, durante la pelea: «Cuidado con esa rubia... Se acostaría con cualquier boxeador joven, y más si es un ganador... Es una devoradora de hombres».

«Al diablo con Max», se dijo. Se había portado mal con él esta noche. Como si sintiera celos de que su pupilo hubiera sido capaz de ganar sin sus consejos, llevándose solo por la iniciativa propia.

—Sí —dijo—. Será un placer.

Entró en el coche. Era un lujoso Ford deportivo. Ella sonrió ampliamente, y puso en marcha el vehículo. Se alejaron del ahora silencioso y oscuro estadio deportivo, poco antes rugiente y enfervorizado.

—Me llamo Molly —dijo ella—. Molly Larson. ¿Y tú?

—Héctor Valdés. Lo de Ringo es solo un nombre de batalla.

—Ya lo suponía. Eres argentino, ¿verdad?

—Del mismo Buenos Aires.

—¿Tienes allá la familia?

—Solo unos tíos. Mis padres murieron siendo yo niño. Y no tengo hermanos.

—Lo siento de veras. ¿Y novia? ¿No tienes una novia en tu ciudad natal, esperándote?

—Tuve varias —rio Héctor—. La primera, a los diez años. La última, antes de venirme para acá. Pero ni siquiera nos escribimos. No era nada serio.

—Eso está mejor —ella rio, voluptuosa, y pegó su muslo al de él—. Veo que eres un granujilla. Te gusta cambiar de chica, ¿eh?

—Nunca está mal. Siempre he dicho que ha de ser así, hasta que uno encuentre la que ha de ser la definitiva. Pero ese momento aún no ha llegado para mí.

—¿Piensas que una mujer como yo podría ser... la definitiva.

—Bueno, usted... —Héctor trago saliva—. Usted es distinta.

—¿Distinta a quién?

—A las demás que conocí. Tiene clase, es de otra categoría... Yo no puedo soñar ni remotamente en relacionarme con una mujer como usted, señorita Larson.

—Oye, Héctor, cariño, no me llames así. No me gusta —se detuvo ante una semáforo en rojo y puso su mano en la pierna de él, subiendo lentamente, en una caricia suave y estudiada—. Para ti, soy desde ahora tu amiga Molly, amiga... si es que no quieres algo más.

Ringo se puso rígido. La forma de acariciar de aquella mujer le provocaba escalofríos. El deseo hacía hervir su sangre, joven y vital. Los

dedos de ella le estaban acariciando ahora una zona altamente sensible. Ella rio entre dientes al verle sudar, repentinamente enrojecido.

—Creo que es mejor que vayamos a algún sitio tranquilo —dijo—. Tomaremos una copa y charlaremos. Luego, tal vez te invite a conocer mi apartamento, campeón.

Arrancó el coche. Ringo respiró hondo. Aquella rubia había logrado encender sus apetitos sexuales. Cuando ella aparcó ante un club nocturno, estaba seguro de que era el principio de una aventura, la primera en tierras norteamericanas para él.

No hizo el menor caso de los consejos de Max. Minutos más tarde bailaban los dos muy juntos, en la penumbra de una pequeña pista, rodeados de parejas que se besaban y acariciaban durante el baile. Héctor sentía la presión de los senos de la rubia contra su pecho. Y el contacto de su cuerpo con la cálida turgencia del de ella.

—Bésame, campeón —musitó Molly en uno de los momentos del baile.

Y la besó. Ella le devolvió el contacto con sabio ardor, espoleando de nuevo su sensualidad a tope. Le enlazó con sus brazos, atrayéndole insensiblemente hacia sí.

Héctor no podía hacer otra cosa que dejarse arrastrar a aquel torbellino de pasión voluptuosa que encarnaba aquella hembra incitante, avasalladora, de rotundas curvas y cálidas carnes.

Cuando ella le llevó desde allí a un lujoso apartamento situado frente a la orilla del lago Michigan, él no pudo oponer la menor resistencia. Estaba vencido de antemano por la sabia experiencia y la tentadora técnica de la mujer.

Aquella noche, Ringo Valdés ganó otra batalla en un rectángulo mucho más suave y blando que la lona por las doce cuerdas, frente a un insaciable adversario que puso a prueba su vitalidad como hombre y como amante.

Y a juzgar por el suspiro de complacencia con que Molly Larson dio terminada la agotadora sesión de varias horas en las revueltas sábanas del lecho, no cabía duda de que el boxeador era tan campeón en aquellas lides como en las que precisaban de los puños y los guantes de cuero.

# CAPÍTULO IV

—No, no. ¡Así, no, maldita sea! ¿Es que has perdido los reflejos y el sentido común?

Era la cuarta vez que Max, congestionado de ira, decía algo así. Ringo Valdés lanzó una imprecación, se arrancó los guantes de las manos y bajó del *ring* del gimnasio, dirigiéndose en derechura a las duchas.

—¿Qué diablos te pasa ahora? —rugió Max, siguiéndole—. ¿Qué mosca te ha picado para dejar el entrenamiento a medias? ¿Te ordené yo bajar del *ring* acaso?

—¡No, maldición, pero estoy harto! —gritó Héctor, parándose en seco y volviéndose a su preparador—. ¡Estoy harto de oír tus protestas, tus censuras, tus críticas incesantes! ¡Me siento como un pelele manejado a tu antojo, como un ser sin personalidad ni iniciativa, que solo debe hacer lo que tú quieras!

—Escucha, idiota del demonio —Max le aferró por un brazo, obligándole a volverse hacia él—. ¿Quién te crees que eres ya? ¿Casius Clay, Holmes, tu desdichado compatriota, Bonavena? ¡No, muchacho! ¡Eres un novato, estás apenas empezando y este mundo del boxeo es duro, muy duro, y más aún en este país! ¡No pretenderás que te diga a todo que está bien, que eres el mejor y que ya has pulido todos tus defectos, porque te mentiría, y cualquier fulano te haría trizas cuando subieras de nuevo al *ring*! ¿Qué clase de ideas te ha metido en la cabeza esa rubia del diablo con la que ahora sales, pese a todos mis consejos?

—Ese no es asunto tuyo, Max. Tengo derecho a mí propia vida, como ser humano que soy.

—¡Un boxeador que quiere llegar a algo no tiene derecho alguno a nada, y menos aún a que una zorra le vacíe noche a noche en la cama! —rugió Max, destemplado—. ¿Es que crees que llevando ese ritmo de vida tienes algo que hacer frente a Dusty Keller la próxima vez? Faltan solo cuarenta días para ese momento, y sigues bajo de forma, mal de reflejos, tardo de movimientos y torpe en cubrirte y atacar. Cualquier principiante podría tumbarte sin dificultades si ahora peleases con alguien.

—Escucha, Max: pienso seguir con Molly Larson el tiempo que sea preciso, porque nos gustamos los dos —silabeó Héctor—. En cuanto a ese combate, recuerda que ya una vez gané de calle al tal Keller, y eso seguro que le tendrá todavía acomplejado. Voy a ganarle otra vez, eso te lo aseguro, digas tú lo que digas. Y no necesitaré de tanto melodrama para

hacerlo.

—Tú y tu glorioso triunfo contra Keller... —jadeo el preparador, furioso. Se dominó a duras penas, apretando los puños—. Está bien. Creo que ha llegado el momento de que elijas.

—Elegir, ¿qué?

—Entre esa rubia y yo. Ahora mismo y sin demora...

—¿Quieres decir que si sigo con ella debo renunciar a ti como preparador? ¿Es eso lo que estás insinuando, Max?

—No. Es lo que estoy afirmando, sin insinuación de ningún género. Decide: o ella, o yo. De una vez por todas. Así no se puede seguir. No quiero entrenar a un irresponsable, para que luego venga Keller y te haga trizas como a un mocoso.

—Muy bien. Tú lo has querido, Max. Yo nunca hubiera tomado una decisión así. Jamás, porque soy un buen nacido y sé agradecer las cosas. Pero tampoco me gusta sentirme humillado y reducido a la condición de un pelele. Está decidido. Elijo a Molly. Ahora, el resto es cosa tuya.

—No se hable más —Max se irguió, solemne, pálido—. Date prisa en tomar a otro *manager*. Y que sea lo bastante bueno para hacerte salir bien librado de esa pelea de revancha. No va a ser tan fácil como crees, Ringo. Y bien sabe Dios que desearía todo lo contrario. Pero esa noche, tus humos van a acabar por los suelos, tú mismo lo verás...

Dio media vuelta, alejándose con firmeza de él. Aún dijo, sin volverse siquiera:

—Te dejaré el nombre y teléfono de tres buenos tipos de mi oficio. Que tengas suerte con el que elijas. Ellos, cuando menos, son honestos. No dejes que sean Megg Milder o Art Cochran quienes te elijan un preparador, muchacho... Ah, sobre el dinero nuestro, me cobraré mi parte y dejaré el resto de tu cuenta. Adminístrate bien. Aunque cobraste más bolsa de la convenida, el dinero se va deprisa. Muy deprisa, en especial cuando uno sale con una rubia como Molly Larson.

Cruzó el gimnasio con pisada firme, y abandonó el recinto deportivo. Valdés, abatido, dejó caer sus guantes al suelo y se sentó en un banco, con la cabeza entre las manos.

* * *

—No tienes que preocuparte de nada, muchacho —sonrió afablemente Art Cochran, palmeando la espalda de Héctor—. Todo seguirá igual sin el viejo Max, te lo aseguro. Pero pudiste haber esperado a que te facilitáramos nosotros un *manager* apropiado para un hombre como tú, con madera de campeón.

—No era necesario —aseguró el joven—. El propio Max me dejó una lista de colegas suyos de toda confianza. Elegí a Ray Robbins. Me pareció

un buen preparador.

—Y lo es, vaya si lo es —aceptó Cochran, torciendo ligeramente el gesto—. Pero algo anticuado, ¿sabes? No es lo que tú necesitas, estoy seguro. ¿Le firmaste ya el contrato?

—Sí, por supuesto. He empezado a entrenar hoy con él.

—Bueno, qué vamos a hacerle —se encogió de hombros Cochran—. Supongo que será solo un contrato para la próxima pelea con Keller.

—Así es. Depende de cómo vaya todo, para renovar o no nuestro acuerdo de trabajar juntos. Robbins es un hombre muy razonable y estaba además en paro. No dudó en aceptar el contrato, en iguales condiciones que Max.

—Eso está mejor. Después de lo de Keller será ocasión de arreglar eso a satisfacción, muchacho —le guiñó un ojo amistosamente, y le rodeó con un brazo sus poderosos hombros, atrayéndole hacia sí cordialmente—. Bueno, me he enterado que se la «pegas» a Megg, ¿es eso cierto?

—Se dicen siempre muchas cosas, señor Cochran —repuso él con cautela—. Si se refiere a la señorita Larson, solo tenemos una buena amistad...

Cochran soltó una carcajada estruendosa que sorprendió y molestó a Héctor. Todavía riendo, el promotor boxístico de Chicago meneó la cabeza, logrando decir con reprimida hilaridad:

—Mira, muchacho, yo conozco a la gente, y Molly Larson no podría tener nunca una simple amistad con algo que lleve pantalones. Además, tú eres un guapo mozo y esa rubia estará loca por ti, seguro. Se llevaría a la cama incluso a un espantapájaros. No voy a reprocharte nada ni a moralizar en favor de Megg. Ese lleva unos cuernos del tamaño de un estadio deportivo, hijo. Haces bien en tener relaciones, no solo entrenar y entrenar día y noche, como afirmaba Max. Te deseo un placentero idilio con tu rubia. Y no te preocupes por Megg. Ese se sentirá muy honrado de que se la pegue contigo. Él es así.

Héctor salió del despacho del promotor algo confuso. Pero todavía se hubiera sentido más sorprendido si hubiese podido oír las palabras que Cochran decía al teléfono cuando estuvo solo en su oficina.

—Sí, Alvin, no te preocupes —hablaba jovialmente—. Todo marcha bien. Esa rubia de las tetas enormes le tiene en el saco. Le va a exprimir como a un limón, día a día. Cuando llegue el combate con Keller, no podrá ni con los guantes. Caerá fácilmente en el segundo o tercer asalto como máximo. Claro, ya se pueden preparar las apuestas. Hay mucha gente que confía ahora en ese chico. Podemos sacar buena tajada, especialmente si Keller lo tumbase en el primer *round*. Nadie apostará a semejante cosa, vista la capacidad de resistencia del torito argentino.

—¿Y si el muchacho aguanta demasiado tiempo? Eso empeoraría las

cosas y haría escasos los beneficios —apuntó receloso Alvin Palermo.

—No creo soporte mucho las embestidas de un Keller furioso, ávido de desquite, y que sabe que de ese combate depende la renovación de su título. Diré a Molly que apriete bien las clavijas. Ella sabe hacerlo.

—Está bien. Las apuestas se centrarán en la caída por K.O. de Ringo en el primero o segundo asalto. No más. Keller tendrá que batirle duramente.

—Lo hará, no lo dudes. Los músculos y los reflejos de ese mozo van a estar como el corcho la noche que suba a enfrentarse con Keller, no lo dudes. Molly está haciendo un buen trabajo. Ya avisé a Megg para que no se entrometa hasta después del combate. Es un tipo que colabora, aunque ello signifique que su fulana se vacía con otro —terminó, soltando una risotada.

* * *

Aquella mañana, Héctor Valdés se sentía realmente mal.

Tuvo que vestirse muy deprisa para ir a toda carrera a los estudios de la televisión, donde le habían citado a las once de la mañana, porque se había quedado dormido profundamente después de una noche particularmente movida, en compañía de Molly y una amiguita de esta, morena pero tan generosamente dotada como la rubia. Las dos mujeres le habían enseñado lo que era gozar de una noche de placer con dos hembras a la vez, y eso, unido, al exceso de alcohol ingerido en la orgía, le había dejado exhausto y con un tremendo dolor de cabeza.

Sentía sus músculos fofos y entumecidos, mientras corría al taxi, para dirigirse al estudio, tras un rápido aseo, todavía cargado de sueño, resaca y fatiga. Miró su reloj, impaciente. Faltaban ya solamente cinco para las once, y el programa deportivo era en directo. Llegaría tarde, por rápido que fuese el automóvil.

Lo cierto es que entró en el estudio de televisión a las once y diez minutos, y hubo de esperar a que se terminase una entrevista con un jugador de béisbol, para entrar él bajo los focos, una vez maquillado apresuradamente, y enfrentarse a su interlocutor.

Era el programa de una conocida marca deportiva, y lo presentaba una joven y bella locutora de TV.

Cheryl Eastman. Le sondó amplia y dulcemente al entrar él en el estudio, ante las cámaras, invitándole a sentarse en la silla de los invitados al programa.

Lo cierto es que respondió a las preguntas con cierta torpeza, muy ausente mentalmente de todo aquello, deseoso de descansar, dormir profundamente, olvidarse de todo. Cuando la bonita pelirroja le preguntó cuánto tiempo faltaba para el combate, y mencionó la palabra «diez días», una roja luz de alarma se encendió en su mente.

¡Diez días!

Casi lo había olvidado. Diez días, y se sentía incapaz de subir a un *ring* y aguantar siquiera dos *rounds*. El resto de sus respuestas fue confuso y desordenado. Empezaba a sentirse preocupado. Muy preocupado.

Terminada la entrevista, Cheryl Eastman le estrechó la mano, ya fuera de las cámaras. Héctor se encontró con unos ojos pardos, muy bonitos y profundos, que le estudiaban con una mezcla de curiosidad e interés.

—¿Seguro que se encuentra bien, señor Valdés? —preguntó la joven.

—Claro. ¿Por qué había de encontrarme mal? —objetó él.

—No sé. Me da la sensación de estar fatigado, aturdido. Tal vez el exceso de entrenamientos...

—Sí, eso debe ser —sonrió Ringo, inseguro—. Es lo que yo le digo siempre a mí preparador... Uno termina agotado en los entrenamientos, señorita Eastman. Pero dentro de diez días le aseguro que estaré fresco y vigoroso como para resistirle a Dusty Keller los quince asaltos, si es que no le tumbo antes por la cuenta de diez.

—Muy seguro está de su victoria.

—Claro. Le gané una vez. Y volveré a hacerlo, no lo dude.

—Me encanta ver a gente tan convencida de su superioridad y fuerza —sonrió la joven—. Espero y deseo que sea así. ¿Sabe lo que significaría para usted una nueva victoria sobre Keller? Nada menos que quitarle la última posibilidad de aspirar al título nacional, y tal vez el inicio de su decadencia como campeón del estado de Illinois. Un segundo K.O. en pocos meses, arruinaría la carrera de Keller. Y sería su consagración absoluta, señor Valdés. Pero quiero hacerle una seria advertencia.

—¿Una advertencia? —se extrañó él, arrugando el ceño.

—Sí. He visitado a Dusty Keller en su retiro de Rockford. Le aseguro que me impresionó su preparación física, su estado actual. Nunca le vi tan pletórico, tan fuerte ni tan seguro de sí. Arde en deseos de pulverizarle, y lo hará en los primeros segundos del combate si le da ocasión de ello. Conozco el boxeo, aunque sea una mujer. Por eso me dedico a este oficio. Y sé cuándo un hombre reúne las condiciones precisas para arrasar a cualquiera sobre la lona. Pues bien, Keller es uno de ellos. Y tendrá que luchar usted mucho para soportar ese vendaval, llegado el momento.

Valdés se quedó callado unos momentos. Las palabras de la joven parecieron impresionarle profundamente. La estudió con ojos pensativos.

—Gracias por el aviso —dijo sordamente—. Le aseguro que ganaré, pese a todo. Y se alejó, dejando a la joven reportera de la televisión con gesto preocupado, siguiéndole con una mirada reflexiva. Alguien, cerca de ella, comentó con ironía:

—Ese mozo no se tiene en pie. La rubia amiguita que le sorbe el seso está haciendo un buen trabajo... para Keller, naturalmente.

—Es Molly Larson, ¿no? —preguntó Cheryl, arrugando deliciosamente su ceño—. La rubia de todos los boxeadores jóvenes... la amiga de Megg Milder.

—La misma. Una bomba atómica capaz de arrasar al más pintado —rio el empleado del estudio—. Esos chicos que empiezan no tienen cerebro. Son fácil pasto de mujeres como esa. Aunque te confieso que a mí tampoco me disgustaría disfrutar de sus favores. A nadie le amarga un dulce.

—Hombres... —suspiró Cheryl, meneando la cabeza—. Todos lo mismo...

* * *

Ya faltaban solamente cuatro días. Los entrenamientos tocaban a su fin.

Ringo dejó de golpear. Se quitó los guantes. Desfallecido, se dejó caer en el asiento, la mirada fija en el vacío. Resoplaba, y tenía el cuerpo cubierto de sudor, los músculos brillantes por el linimento y la transpiración.

—No puedo más, Ray —confesó con voz ronca—. No puedo más...

Ray Robbins, su nuevo preparador, bajó del *ring*, mirándole inquieto, sombrío. Le pasó la toalla por el rostro y el mojado cabello. Palpó sus músculos.

—Ringo, no puedes subir ahí dentro de poco más de setenta y dos horas. Ese Keller te haría pedazos en un minuto —sentenció, frío y seco su tono.

—Oh, vamos, no empieces —se irritó el joven—. Sabes que puedo vencerle como le vencí la otra vez...

—Escucha, Ringo. La otra vez estabas en plena forma. Ahora, no. No sé lo que te ocurre, pero no haces caso de mis consejos, no entrenas lo suficiente porque siempre te sientes cansado, y en esa situación te sería totalmente imposible aguantar a un Keller en forma ni a nadie. Si Max te dejó, empiezo a pensar que sé por qué lo hizo. Así no puedes subir a un *ring*, desengáñate. He estado intentando hacer la vista gorda todo este tiempo, porque no tengo aún suficiente autoridad sobre ti como para decirte lo que debes de hacer, pero imaginé que tu propio sentido común te apartaría de esa mujer, para olvidarte de placeres y pensar solo en tu carrera: el boxeo.

—¿También tú vas a empezar ahora con sermones, Ray? —se molestó el joven.

—No son sermones. Es la pura realidad. Así no vas a ninguna parte. Esa rubia te está destrozando y tú te dejas destrozar. Creo que renunciaré a mí tarea y te dejaré que cojas otro preparador para el combate del viernes, si es que lo encuentras lo bastante loco como para aceptar semejante responsabilidad.

—No, Ray, por favor. No me dejes ahora. Te necesito —rogó Héctor, mirando el noble rostro ancho y fornido de su nuevo preparador—. Creo... creo que empiezo a estar algo asustado, pero no se lo digas a nadie. No me veo con fuerzas para pelear dentro de solo cuatro días...

—Eso ya lo sé. Pero tampoco has intentado nada en todo este tiempo. Te dejé hacer pensando en que rectificarías antes de que fuese demasiado tarde. Ahora veo que estuve en un error. Debí ser más duro contigo, como lo hubiera sido Max.

—Pero Ray, yo sé que puedo vencer a Keller, pese a todo. Ya viste cómo le tumbé entonces... está pasado, carece de reflejos. La ganaré, pese a todo, porque soy más joven y fuerte que él.

Ray le contempló en silencio, mordiéndose el labio inferior, pensativo. Al fin, no pudo más y estalló:

—Escucha, Ringo. ¿Has revisado las cuentas que te dejó Max al marcharse?

—La verdad es que no pensé en ello. No tuve tiempo...

—Ya. Estabas demasiado ocupado —dijo con sarcasmo el *manager*—. Pues deberías haberlo hecho. Eso te hubiera enseñado algo.

—¿A qué te refieres? Ahora eres tú quien lleva mis cuentas, Ray...

—Por eso te lo digo. Sé que la bolsa del combate con Keller fue de diez mil dólares. Y que él se llevó el diez por ciento.

—Acaba. ¿Qué sucede? ¿Acaso Max fue capaz de... de robarme? No le creo capaz...

—Claro que no, Ringo. Max es honrado, como lo soy yo. Tal vez por eso no quiso decirte la verdad. Esperaba que la descubrieras por ti mismo.

—¿A qué verdad te refieres?

—Ringo, actualmente tienes en tu cuenta bancaria quince mil dólares. Mucho más de lo que te dio esa bolsa y de lo que en buena lógica debería quedarte, contando los gastos habidos desde entonces.

—Quince mil... No puede ser. No tenía ni quinientos cuando combatí con Keller.

—Exacto. Quinientos, que Max se jugó a tu favor en las apuestas. Y ganó.

—¿Max jugar en las apuestas? No tiene sentido. Él nunca jugó...

—Porque no le gustaban los riesgos inútiles. Pero esa vez jugaba sobre seguro. Pensó que ya que tenía que desplegarse a algo convenido de antemano, no importaba ya demasiado darte a ganar un poco más de dinero. Y así lo hizo. Luego, no quiso revelarte la verdad para no desilusionarte.

—¿Qué estás tratando de decirme, Ray?

—Oh, cielos, ¿es que se puede ser tan ciego como para no verlo? Desde que empezó aquel combate, Ringo, algo estaba muy claro; tú ibas a ser el

ganador. Las apuestas estaban a favor de Keller en veinte a uno. Apostar a ti y ganar, significaban veinte dólares por cada uno. Así ganaste diez mil limpios, aparte tu bolsa.

—Pero Max no podía saber que yo ganada...

—Claro que lo sabía. Como lo sabían otros que apostaban mucho más de quinientos dólares a tu favor. Es el mundo sucio de este deporte, Ringo. Mafia y apuestas, dinero en torno a muchachos como tú. Eligen ganador y perdedor. Nunca fallan. Esa vez tampoco.

—Ray, no estarás pretendiendo decirme que aquello fue... fue...

—¿Tongo? —Robbins sonrió tristemente—. Sí, Ringo. Fue un tongo, y Max jamás se atrevió a decírtelo. Prefirió dejarte, al ver que no le hacías caso. La revancha es una trampa, muchacho. Te harán pedazos, en venganza de una derrota ya programada previamente. Keller no es de los que guste venderse, pero tiene mujer e hijos. Los de este mundillo sabemos cómo se hacen las cosas. Una amenaza oportuna, y el más valiente y honesto debe ceder o es aplastado, Keller cedió. Ahora está furioso y desea demostrarles a todos lo que realmente vale. Esta vez las apuestas irán a tu favor, y ellos lo saben. Dejarán que Keller te despedace, no necesitan arreglar nada, porque con esa rubia en tus brazos, noche tras noche, está lo suficientemente arreglado todo. Es más, te voy a decir algo: existen apuestas muy fuertes cruzadas, a que te tumban en el primer asalto. La mayoría apuestan por el segundo. Y caerás en uno o en otro, no te hagas ilusiones. Lo contrario sería un milagro.

—Los milagros existen, Ray.

—Será en tu tierra, donde sois más creyentes —suspiró Robbins, escéptico, meneando su canosa cabeza—. Aquí, en Chicago, yo nunca vi realizarse uno de esos milagros.

—De modo que fue tongo... —jadeó Héctor, muy pálido—. Ahora que lo pienso, Max estuvo tan raro aquel día... Casi ni me aconsejó durante el combate. Era como si lo diera por ganado. Ahora entiendo por qué...

—Siento habértelo dicho, pero tenía que abrirte los ojos. Cualquier cosa será preferible a que te hagan añicos en la lona, muchacho. Te he tomado aprecio. No he insistido demasiado en la preparación porque sé que será inútil. Lo mejor que puedes hacer es dejarte caer enseguida, en cuanto te alcance el primer golpe fuerte. Resistir otros sería suicida. Déjate caer y que cuenten diez. En el primer *round*, entiéndelo, o te dejará hecho una piltrafa. Es cuanto puedo decirte. A fin de cuentas, cobrarás una buena bolsa. Esta vez son veinticinco mil dólares...

—¡Al infierno el dinero! Quiero ganar, Ray. ¡Quiero ganar!

—Imposible —sentenció amargamente Robbins, negando con la cabeza —. No tienes ninguna posibilidad. Además, ya es tarde para cualquier cosa.

—No —negó Héctor, incorporándose con ojos brillantes—. No es

tarde. Aún quedan cuatro días, Ray.

—Eso y nada, es todo uno. ¿Qué pretendes? ¿Qué te despedacen?

—Pretendo luchar y ganar. Si pierdo, mala suerte. Pero no subiré al *ring* vencido de antemano.

—Keller lo hizo, recuérdalo. Y podía ganarte fácilmente de haber querido. Te vi suficientes errores aquella noche como para que te hubiera noqueado de inmediato.

—Esos errores los he ido subsanando, ¿no?

—En parte, sí. Pero estás agotado. No puedes tenerte en pie.

—Ray, voy a anular mi cita de esta noche. Ahora iré a dormir un par de horas. Te espero aquí, en el gimnasio, esta misma tarde. Y me prepararás a fondo, aunque acabemos al amanecer.

—¿Estás loco? Eso es un puro disparate a estas alturas, Ringo —se alarmó Ray.

—¿Eres mi preparador o no?

—Está bien. No servirá de nada, pero lo haremos. ¿Crees que vas a poder soportarlo?

—Sí. Desde este momento, no estoy para nadie. No atiendo llamadas ni visitas. Si ella llama, estoy ocupado. Que no entre a verme. Es una orden.

—De acuerdo —suspiró Robbins—. Demasiado tarde, pero... lo intentaremos. Dentro de dos horas, aquí. Ve a descansar ahora un poco. Y que Dios nos ayude, porque va a hacernos falta.

# CAPÍTULO V

El estadio estaba repleto. El ambiente era candente, tenso. Poca gente prestaba atención al resto de los combates de la velada. El enfrentamiento de Dusty Keller y *Ringo* Valdés, en combate de revancha, era esperado por todos con morbosa complacencia y expectación.

Cheryl Eastman ocupó su asiento de primera fila, detrás de los cronometradores y locutores de la radio. Las cámaras de la TV local transmitían el combate para todo el estado de Illinois. Keller, su ídolo, se jugaba esta noche virtualmente sus posibilidades inmediatas para retener el título estatal de los grandes pesos, y aspirar así al título nacional que ostentaba el mítico *Tennessee* Jackson.

La pelirroja y atractiva presentadora de los deportes, respondió a una pregunta de un locutor, delante de las cámaras, cuando se acomodaba en su asiento: —No puedo saber quién ganará esta noche. Espero un buen combate y la máxima deportividad por parte de ambos. Pero personalmente, y pese a cuantos pronósticos circulan por ahí, sigo pensando que la experiencia de Keller puede ser decisiva, en especial si está mejor preparado que su rival, como se rumorea en los mentideros del boxeo. Pero todo eso está aún por ver.

En la lona, terminaba el combate de semifondo, para dar paso al plato fuerte de la velada. Dos boxeadores se mantenían en pie en un equilibrado duelo que acabó decidiéndose a los puntos.

Llegaba el deseado momento de la noche. Tras un breve descanso lleno de rumores, comentarios y tensión ambiental, todo se dispuso para el gran enfrentamiento. Las luces del *ring* volvieron a encenderse. Se apagaron las de la sala. El *speaker* anunció solemnemente, en medio del clamor popular, que seguía a ambos contendientes por el pasillo, camino de la lona:

—A continuación, señoras y señores, va a tener lugar el combate de revancha entre Dusty Keller, nuestro campeón... —los aplausos y vítores se hicieron atronadores—, frente a *Ringo* Valdés, el ciclón —aquí hubo pitos, abucheos y tímidos aplausos aislados—, a celebrar a diez asaltos.

Se presentó luego a ambos pugilistas, dándose su peso exacto en la báscula, y se procedió a los preliminares de las advertencias arbitrales, el cruce amistoso de guantes y todo lo demás.

El *gong*, solemne, inició el gran combate.

Pálido, tenso, Ray Robbins se quedó en el rincón, tras las cuerdas, siguiendo los pasos de su pupilo hacia el centro del *ring*. Keller salió hacia

él como una flecha, sus puños en ristre y una dura expresión determinada en el rostro.

Comenzó la pelea. Los primeros golpes que se cruzaron, no eran ya de tanteo. Un rumor de expectación corrió por la sala. Keller salía a fulminar a su contrario, para terminar cuanto antes.

Ringo se vio venir una especie de aluvión de golpes que le era casi imposible parar con sus brazos. Retrocedió, sintiendo dos impactos en el rostro y uno en el plexo solar. Pero pudo evitar otros tres o cuatro que hubieran podido ser definitivos.

El rugido popular se hizo ensordecedor. La gente de Chicago animaba a su campeón estruendosamente. Los ojos de Ringo no se fijaban en otra cosa que en el rojo cuero de los guantes de su rival. Eran como dos bombas escarlata buscando sus cejas, su mentón, su hígado. Keller era una especie de furia desatada, ávido de decantar de inmediato la pelea a su favor.

Entonces comprendió cuánta razón tenían Ray y Max. Había sido un estúpido en creerse demasiado su propia capacidad. No era posible vencer a aquel hombre encajando sus golpes y contraatacando. No le dejaba resquicio. Martilleaba sus defensas con la contundencia demoledora de un ariete de acero.

En el primer minuto ya había trastabillado Héctor dos veces, sacudido por un par de directos de derecha que le hicieron vacilar. Se cubrió a tiempo, evitando el temido impacto en las cejas, especialmente en la izquierda.

De no haber sido por aquellos últimos tres días de intensiva, agotadora tarea, ya estaría fatigado al iniciarse el segundo minuto. Era demasiado el esfuerzo, la tensión, harto vivaz la esgrima de piernas y brazos para eludir el huracán que era Keller en estos momentos.

De repente, un gancho de izquierda le cazó de lleno. Valdés voló por los aires, estrellándose en la lona, en medio de un clamor rabioso. Turbiamente, comenzó a oír la cuenta:

—Uno... dos...

Miró a ras de la lona, más allá de las cuerdas, mientras tomaba aliento y trataba de despejar la torpeza de su cabeza. Parecía como si le hubieran desencajado el mentón, pero ese era uno de sus puntos fuertes, pese a todo.

—Tres... cuatro...

Los vio. A Max, en una silla de la segunda fila, agitado y pálido, mordiéndose los puños. Y a la muchacha pelirroja en la primera fila, sus grandes ojos pardos fijos en él, con una mezcla de angustia y de resignación. La recordó. Era la presentadora de televisión, Cheryl Eastman.

—Cinco... seis...

También la vio a ella. La rubia de los enormes senos. Junto al estúpido de Megg Milder. Sonriendo con su aire frívolo de siempre, pero ahora

mirando embelesada a Dusty Keller, sin hacerle a él caso alguno...

—Siete...

Se incorporó, puso una rodilla en tierra.

—Ocho...

Y se puso en pie. El árbitro hizo un gesto a Keller. La batalla podía seguir.

Ringo estaba furioso y encorajinado. Keller fue hacia él. Le disparó dos directos secos. El joven argentino los blocó. Y soltó su zurda inesperadamente.

Cogió desprevenido a Keller, que en su furia se había descubierto un flanco. El hígado del campeón local acusó el mazazo. Se encogió levemente, torciendo el gesto, y reculó. Ringo le acosó hasta las cuerdas. Un silencio profundo reinaba en el estadio ahora.

—¡Sigue, Ringo, sigue! —oyó gritar a Ray—. ¡Pégale fuerte, no le dejes salir de ahí!

Intentó pegar, pero Keller se cubría bien, a la desesperada. Cuando se vio más apurado, se aferró a él. El árbitro intervino, separándoles. Ringo volvió a la carga, pero el mejor momento a su favor había pasado ya, gracias a la experiencia de Keller. Este volvía a ser amo y señor del *ring*.

Le martilleó nuevamente, en un contragolpe demoledor. Ringo encajó bien una lluvia de golpes que le alcanzaron repetidamente. La ceja izquierda le dolía, y estaba hinchada. De un momento a otro se abriría.

El *gong* le sorprendió a él mismo. Sonó cuando más cerrada estaba su guardia, y más agresivo se mostraba Keller, enfurecido sin duda por el golpe recibido en el hígado.

En el rincón, Ray le masajeó y cubrió de vaselina la ceja izquierda. Ringo se quitó el protector y enjuagó su boca. Respiraba con fuerza, y estaba bañado en sudor.

—Has soportado bien los tres primeros minutos —aprobó Ray—. ¿Crees que podrás hacer igual en el segundo *round*?

—Le ganaré —afirmó Ringo con decisión—. No es invencible.

—No, no lo es. Me gusta tu confianza. Pero cúbrete bien. A los puntos te lleva ya una gran ventaja.

—El que gane ganará por K.O. —sentenció el joven—. Los puntos no cuentan, Ray.

—Ten cuidado. Está furioso y pega como una mula. Si te caza otra vez, estás listo.

Empezó el segundo asalto. Ringo, tras sonreír desde el rincón a Cheryl Eastman, que le devolvió la sonrisa, hizo un gesto con su mano enguantada a Max, que movió la cabeza, conmovido. Y se fue hacia Keller.

Allí comenzó el desastre. Apenas cruzados los guantes, el campeón le acertó de lleno con un *jab* seco y contundente. Todo dio vueltas en torno a

Ringo. Se tambaleó agitando sus brazos desesperadamente para cubrirse de otros dos golpes precisos, disparados por ambos puños de su contrario. Solo pudo evitar uno. El otro le hizo doblar la rodilla.

El árbitro comenzó la cuenta. Ringo se rehízo antes de llegar a seis y se puso en pie. De inmediato, un formidable directo al rostro le lanzó atrás, contra las cuerdas. Rebotó en ellas, fallando su zurda al buscar la barbilla de Keller. Este, en cambio, le cazó de nuevo, remachando el golpe anterior y volviendo a arrojarle sobre las cuerdas. Esta vez le había dado en la ceja izquierda.

Pese a la vaselina que hizo resbalar el guante enemigo, se le abrió. La sangre nubló su ojo izquierdo. Alrededor suyo, todo el estadio rugía frenético. Un clamor llenó el aire, aturdiéndole más aún:

—¡Ke-ller! ¡Ke-ller! ¡Ke-ller...!

El ídolo local fue espoleado por aquellos miles de gargantas enfervorizadas. Y cayó sobre él como un alud, antes de que el joven bonaerense tuviera ocasión siquiera de cubrirse medianamente bien, pese a los avisos desesperados de Ray Robbins.

La ceja fue masacrada durante varios segundos por los dos puños del campeón. La sangre y el dolor nublaban su vista y su mente. Supo que caía sobre sus dos rodillas, mientras la sangre de su ceja salpicaba los guantes y el pecho de Keller. El árbitro evitó un nuevo golpe, y volvió a contar.

Furioso consigo mismo, Ringo advertía que sus músculos le fallaban, que se sentía flojo, roto, sin reflejos ni fuerza física suficiente para frenar aquel alud demoledor que era Keller. Entonces comprendió toda la magnitud de su error, lo estúpido de haberse creído superior, por el simple hecho de ganar un combate amañado.

Por fortuna, se rehízo ligeramente a la cuenta de ocho, y logró ponerse en pie, aunque tambaleante y al borde del *groggy*. Solo le sirvió para ser cazado por una bolea impresionante, que le arrojó otra vez de bruces en la lona. Fue como si dentro de su cráneo estallase algo, llenándolo de luces cegadoras.

—¡Ringo, no te levantes ya! —oyó gritar a su cuidador—. ¡Arrojaré la toalla, muchacho! ¡No quiero que te maten!

—¡No! —rugió el joven con un esfuerzo titánico, comenzando a erguirse mientras la cuenta del árbitro llegaba a cinco—. ¡Eso, no, Ray! ¡Te lo prohíbo!

Y se puso en pie de un salto, sin importarle el dolor, el aturdimiento, la sangre de su ceja abierta, la torpeza de todo su cuerpo, mal entrenado y peor conservado, tras agotar sus energías en una cama, noche tras noche.

La toalla estaba ya en manos de Ray. Este iba a lanzarla, pese al aviso de su pupilo, que ahora se movía, tambaleante, hacia un Keller sonriente, seguro de sí, desafiante en el centro del *ring*, apoyado sobre sus musculosas

piernas como sobre dos columnas macizas y graníticas.

—¡Quieto, Ray! —jadeó alguien, junto a Robbins.

Y una mano firme sujetó la suya, evitando que la toalla cayera al *ring*, anunciando el abandono del argentino. Robbins se volvió, sorprendido.

—Max... —jadeó—. ¿Qué estás haciendo? Si alguna vez le tuviste en alguna estima, no puedes impedir que haga esto. Van a hacerle pedazos.

—Lo sé. Pero él no te perdonaría esto jamás. Deja que lo intente, cuando menos.

—¡Es un crimen, Max! ¡Puede sufrir un daño irreversible!

—Quizá. Pero conozco a Ringo. Preferirá eso que abandonar, seguro. Mira, ya se rehace...

Keller le había esperado a pie firme, dueño de sí, seguro de sus fuerzas, para seguir masacrando aquel rostro joven y vigoroso, bajo el cabello oscuro, que ahora comenzaba a ser una informe masa sanguinolenta e hinchada, bajo el martilleo implacable del campeón.

El público, junto a su clamor de aliento al campeón, mantenía ahora una expectante admiración por el coraje del argentino que quería seguir adelante, más allá del humano límite de sus propias fuerzas. Keller se limitó, sonriente a levantar sus puños y pegar de lleno en las cejas y mentón de Héctor. El joven osciló sobre sus pies, se le doblaron las piernas, recibió otros dos mazazos y se derrumbó a pies del contrario.

El árbitro, rápido, corrió a separar de allí a Keller para comenzar la cuenta que se preveía ya fatídica, dado el estado del golpeado:

—Uno... dos... tres... cuatro...

¡Gong!

La campana acababa de salvar a Ringo del K.O. definitivo. Sus cuidadores corrieron a recogerle para llevarle en volandas a su rincón. Risueño, poderoso, Dusty Keller emprendió la marcha hacia su propio banco.

—Ringo, tengo que tirar la toalla —insistió Ray, apresurándose a secar su rostro tras empaparlo en agua y apresurarse a aplicar cicatrizante a su ceja abierta, bajo la cual apenas si el ojo era ya visible—. Esto se ha acabado...

—No, no, maldita sea —jadeaba con coraje inquebrantable el muchacho—. Eso no, Ray. Aún puedo reponerme y aguantar... En este *round*, no. Y a ser posible, en el tercero tampoco.

—Estás loco —se quejó Ray—. Te destrozará. Estás hecho un guiñapo, y él fresco como una rosa...

—Deja a Ringo —terció la voz bronca de Max, junto a las cuerdas—. Él sabe que aún puede aguantar, ¿no es verdad, muchacho?

—Max... —gimió Ringo, buscándole con la mirada—. ¿Estás ahí?

—Sí, hijo. No te dejaré en estos momentos. Ray y yo cuidaremos de ti.

Pero si te tumba otra vez, seré yo quien tire la toalla, ¿está eso claro? El propio árbitro parece dispuesto a llamar a un médico si sigues sangrando y cayendo...

—No... no caeré más —murmuró el joven—. No caeré, Max, te lo prometo. Voy... voy a demostrar que no necesito tongos... para vencer.

—Ringo, hubieras podido vencerle si te cuidas —suspiró Max—. Ahora es tarde para eso, pero sigo confiando en ti, en tu zurda. Habrá otras peleas, no temas. La gente te admira. Eres un jabato...

El *gong* frenó las palabras de Max. El árbitro ordenó salir a los segundos del rectángulo. Era el tercer *round*. El definitivo sin duda, eso todos lo sabían.

Alentado por la voz de Max, por los cuidados de Ray y el olor a sales, Ringo se incorporó. Algo, dentro de él, le decía que sus cuidadores tenían razón. Si volvía a caer, ya no se levantaría más, estaba seguro de eso. Su cuerpo era como un flan a punto de desmoronarse. Era tal su ansia por hacer algo, lo que fuese, que tropezó al avanzar hacia su contrincante. Pareció que se iba a caer solo. Keller sonrió, comprendiendo que aquello estaba terminado. Un golpe más, y la victoria era suya.

Ringo llegó ante él, tras el trompicón. Calmoso, seguro de sí por completo, Keller alzó despacio sus brazos, preparó los puños para estrellarlos en el rostro de su roto rival sin prisas ni precipitaciones.

El joven argentino lo vio a través de un velo brumoso. Su rostro, nítido, descubierto, desafiante. Disparó su zurda, su temible zurda. Puso en ella toda su fuerza, su afán, su voluntad, su inquebrantable fe de luchador, su espíritu de combate y su indómita energía. Sabía que no habría otra ocasión para, cuando menos, vender cara su derrota.

Le dio de lleno. Su puño fue como un cartucho de dinamita al estallar contra el mentón de Dusty Keller.

Este, tan lleno de confianza, tan seguro de que estaba ante un pelele tambaleante, había menospreciado durante tres o cuatro preciosos segundos a su maltrecho rival. Y eso le perdió.

Como fulminado por un rayo, su cuerpo se quedó rígido, tras un escalofriante chasquido de huesos rotos. La mandíbula le colgó cómicamente, dilatando su boca desmesuradamente, y haciendo volar el protector de goma por los aires.

Luego, Dusty Keller, el gran favorito, el campeón de Illinois, el indiscutible ídolo de la velada, se derrumbó.

De bruces, en seco. Con sordo impacto en la lona.

Cuando la besó, todos sabían que aquello se había terminado. Pero no como se esperaba unos segundos antes.

De salida, Ringo había cazado a su confiado rival en plena euforia. Y ahora, Keller estaba siendo contado por el árbitro, de forma inexorable.

Al llegar a la cuenta de diez, un profundo silencio reinó en la sala. Estupor, incredulidad, pasmo absoluto, acogieron la increíble victoria. Ringo era el vencedor del combate por K.O. al tercer asalto.

Esa era la única verdad. La asombrosa, desconcertante verdad.

* * *

—¿Qué opina del inesperado desenlace del combate, señorita Eastman?

—Que un combate nunca se gana hasta que el rival está realmente fuera de la cuenta de diez o cuando al terminar la diferencia de puntos es abrumadora —sentenció ella sonriente, ante las cámaras de televisión—. *Ringo* Valdés ha sufrido un castigo terrible, pero es un hombre duro y valiente. Lo soportó y supo aprovechar su única oportunidad al contragolpe. Para mí, Dusty Keller abusó de su complejo de superioridad. Y eso le perdió.

—¿Sabe que los médicos le han diagnosticado doble fractura de mandíbula? Está hospitalizado, y no podrá volver en mucho tiempo a un *ring*. Ahora hay que buscar otro campeón para el estado de Illinois. ¿Cree que *Ringo* Valdés podría serlo?

—¿Por qué no? En dos ocasiones, ha demostrado ser el mejor —y con significativa sonrisa, añadió—: Especialmente, esta noche... Ahora, disculpen. Debo entrevistar al ganador para mí propio programa, muchachos.

Se abrió paso entre el público todavía estupefacto, anonadado, que iba vaciando lentamente el coliseo, preguntándose si era posible que su campeón hubiera caído tan absurdamente en pleno momento de triunfo.

Dejó atrás a un Megg Milder irritado y nervioso, en compañía de una Molly Larson pálida y furiosa. Pero, especialmente, los ojos risueños de la joven periodista se fijaron en los rostros demudados de Alvin Palermo y Art Cochran, en la primera fila de platea, todavía sin salir de su pasmo. Pasó junto a ellos, y comentó, irónica:

—¿Qué les ha parecido esta noche el verdugo del campeón? Ese muchacho no parece necesitar tongos para ganar...

Se alejó, riendo, mientras los oscuros ojos de Palermo la fulminaban con una mirada colérica. Al volverse hacia Cochran, su voz brotó de sus labios con aspereza:

—Esta noche hemos perdido por tu estupidez, Art, la bonita suma de ciento cincuenta mil dólares en apuestas. ¡Con que la rubia de Megg iba a ser capaz de dejar a ese chico hecho unos zorros! Pregúntale a Keller qué piensa de eso...

—Alvin, ¿quién podía imaginarse una cosa así? Ringo no podía ni con su alma cuando empezó el combate. Ha sido la presencia del maldito Max la que le envalentonó hasta ese punto...

—No digas tonterías. Max le ayudó, es posible, pero la rabia, el coraje, salió del propio Ringo. Y su zurda es un cañón, ¿viste bien el golpe? Hasta Cassius Clay en su mejor época hubiera caído fulminado por ese golpe... Pudimos haber montado el tongo para no buscarnos problemas, pero tuviste que ser tú quien afirmase que todo estaba arreglado... ¡Ahora Keller ya no puede ni siquiera revalidar su título, y ese muchacho nos ha birlado unos buenos beneficios, maldita sea!

—Podríamos darle un escarmiento para que otra vez no cometiera tonterías, Alvin...

—Brillante idea. ¿Y qué ganaríamos con eso, una vez perdidas las apuestas de esta noche? No seas idiota, Cochran. La rubia de Megg ya no nos sirve para nada. Saquemos de todo esto la mayor ventaja posible. ¿Por qué no apoyar por ahora al futuro nuevo campeón del estado de Illinois?

Cochran le miró, pestañeando de asombro.

—¿Quieres decir que podríamos ayudar a ese gaucho a ser campeón? —farfulló.

—¿Y por qué no? Podríamos enfrentarle a Ruby Tiger, el aspirante a campeón de Illinois. Sería una lucha memorable: el ganador del campeón, contra el que aspira a serlo. Apostamos por ese argentino, y todo arreglado. Seguro que con la moral que esto le dé, y cuidándose debidamente, ganará a Tiger. Ese chico tiene madera. Aprovechémosla en nuestro beneficio. Organiza el combate. Será por el título.

—¿Y si realmente se proclama campeón?

—Habremos dado con otra gallina de los huevos de oro —rio Palermo—. A la que solo mataremos cuando surja otra gallina mejor. Imagina que logramos llevar a Ringo hasta el título nacional de los Estados Unidos.

—¿Contra *Tennessee* Jackson? ¡Imposible! No puede ganarle nunca...

—Quizá. Ahí es donde entraríamos nosotros en juego —sonrió el dirigente de la oscura mafia pugilista de Chicago—. Las apuestas serán ese día aplastantemente favorables a Jackson. Si gana Ringo... nos forramos apostando a su favor.

—Y si pierde, como es de suponer, nos arruinamos —gimió Cochran.

—Yo no pienso en arruinarme. Solo en ganar. Un millón al menos.

—Jackson es superior a ese argentino, Alvin, y tú lo sabes.

—También lo era Keller. Y ya ves lo que pasó. No me refiero a lo de esta noche, claro.

—Escucha, por mucho que ese chico mejore, no puede igualarse todavía a Jackson...

—Arreglaremos eso oportunamente. Primero, haz campeón a Ringo. Lo demás viene a su debido tiempo.

—Jackson no se prestaría a un tongo. Está por encima de esas cosas.

—Tú deja eso en mis manos cuando llegue el momento —rio Palermo,

encogiéndose de hombros—. Y no trates de enemistar a Ringo y a Max. Él nos pulirá—: al futuro campeón adecuadamente, y dará suficiente moral al chico para triunfar. Las cosas hay que hacerlas con astucia. Creo que vamos a ganar mucho dinero a costa de ese mozo... a pesar de lo sucedido esta noche.

# CAPÍTULO VI

Ringo bajó de la lona, respirando con fuerza. Max le tendió una toalla para que se secase el sudor. Su gesto era de complacencia, así como el de Ray Robbins.

—Eso sí es entrenar, muchacho —aprobó su viejo preparador—. Estamos muy satisfechos de ti. Ahora estás haciendo las cosas como deben ser.

—Después de todo, de algo habría de servirme tener dos entrenadores como vosotros —sonrió Héctor de buen humor—. No todos los boxeadores gozan de ese privilegio.

—Al lado de Max, yo soy un simple aprendiz, hijo —se lamentó Ray —. Por eso he acertado muy gustoso tu oferta de ser ayudante de Max en tu preparación. Es un honor trabajar con él en la forja de un campeón.

—Tonterías —gruñó Max—. Eres tan bueno como yo. Pero mucho más modesto, Ray. De todos modos, creo que sí podemos hacer campeón a Ringo. Ahora él está en el buen camino, gracias a que abrió los ojos a tiempo.

—Si hubierais visto la cara de Molly Larson cuando le dije que no volviera más por aquí, que Ringo no quería verla... —se echó a reír Robbins—. Juró que te vería fracasado y vencido no tardando mucho, hijo, de modo que ten eso en cuenta cuando salgas al *ring*. Esa clase de mujeres son como buitres carroñeros.

—Lo sé ahora —suspiró Héctor, caminando hacia el vestuario—. Dejad que diga lo que quiera. Cualquiera puede ganar o perder en este trabajo. Pero yo intentaré siempre ser el vencedor. Es mi modo de ser.

—Ya lo comprobé la noche de la pelea con Keller —asintió Max, sonriente.

—Por cierto, ¿cómo está él?

—Bastante bien. Convalece de su doble fractura. Pero dudo que vuelva a pelear en mucho tiempo. Me dijo cuando le visité, que te felicitara en su nombre. Pensaba hacerte pedazos y tú casi le dejas a él sin cara. Son palabras suyas. Y las dijo sin rencor. Es un buen chico. Todos lo son en este mundo, Ringo. Lo peor pulula fuera del *ring*. Gente como Megg, Cochran, Molly Larson o Alvin Palermo...

—¿Es cierto que Palermo y Cochran apoyan mi candidatura al título de campeón de este estado?

—Sí, muy cierto. Son los promotores de la pelea con Ruby Tiger,

dentro de tres meses. Pero no te fíes de eso. Algo se traen entre manos esa pandilla de mafiosos miserables. A ellos no les interesan el deporte ni los títulos. Es solo el dinero lo que buscan. Y siempre dinero sucio, a costa del sudor y la sangre de los demás... Incluso el hecho de que no te buscasen otro *manager* me sorprendió. Ya te digo que algo planean. Y no será bueno.

—No me importa. Los puños son los que ganan o pierden un combate o un título, Max. Y yo confío en los míos.

—No estés tan seguro de eso. Este ambiente está podrido por culpa de la gente que vive del boxeo. A veces, los títulos y las peleas se ganan en un despacho o en una cama... cuando no en un depósito de la Morgue, si alguien no colabora lo suficiente.

—¿Tan mal están las cosas? —se inquietó Ringo frunciendo el ceño.

—Sí, muchacho. Cada ciudad, cada estado, es un nido de la mafia que se nutre del boxeo, como las sanguijuelas de la sangre. Ellos manejan todos los hilos; apuestas, amaños, tongos... Amenazas, extorsionan, coaccionan... pegan... e incluso matan. Esos fueron siempre sus métodos. Y siguen siéndolo.

—Habrá que vivir siempre en guardia.

—Sí, siempre. Dentro y fuera del *ring*. Pero eso, a veces, no basta —meneó la cabeza, con desaliento—. Bueno, dejemos eso. Ahora recuerdo que van a ser ya las cinco y esa bonita joven estará aquí dentro de media hora, Ringo.

—¿A quién te refieres?

—A la pelirroja de la televisión, Cheryl Eastman. Parece haberte cogido mucho aprecio personal y profesional —Max le guiñó un ojo a su pupilo—. Esa sí es una mujer en la que puedes confiar: honesta, inteligente, buena chica...

—¡Qué tontería! —Ringo rio algo nervioso—. Es muy atractiva, sí, pero no he notado nunca un interés suyo especial hacia mí, Max...

—Pues existe, no lo dudes. La conozco bien, ya que ella es la que mejor trata en televisión del mundillo del boxeo en esta ciudad, y sé que rara vez dedicó tanta atención a otros pugilistas. Vamos, ¿a qué esperas? Aséate y ponte guapo —rio el entrenador—. Yo que tú, invitaría a esa preciosidad a dar un paseo y tomar un refresco por ahí. Te concedo libertad hasta las nueve, por si así lo decides y ella acepta...

—¿Sabes una cosa, Max? —terció Ray irónico—. No te conocía en papel de casamentero, amigo. Y confieso que lo haces casi tan bien como el de preparar campeones...

* * *

Fue una noche triunfal para *Ringo* Valdés.

La pelea con Ruby Tiger, aspirante al título estatal, que debía haberlo disputado contra Dusty Keller en circunstancias normales, no pasó del quinto *round*. Allí, la poderosa zurda de Ringo, apoyada en una buena esgrima, una excelente preparación física y una inteligente estrategia, desarbolaron las defensas de Tiger, que al límite de ese quinto *round*, cuando la campana parecía que iba a salvarle del K.O., recibió el zurdazo que fulminaba decisivamente el resultado del combate.

Tras la cuenta de diez, sonó el *gong* dando por acabado asalto y pelea. Esta y el título de Illinois, eran para *Ringo* Valdés, el pugilista argentino afincado ya en Chicago definitivamente, en especial tras aquel duelo, del que salió convertido en el ídolo de la ciudad.

Aquella misma noche, *Tennessee* Jackson, el gigantesco negro del cráneo rapado, visitaba al vencedor en el vestuario, estrechando su mano como hiciera en otra ocasión, con motivo de su combate contra Brown Kid, tan lejano ya en el recuerdo.

—Veo que has progresado mucho en poco tiempo, chico —le elogió el campeón de los Estados Unidos cordialmente, con una amplia sonrisa en su achatado y rudo rostro color caoba—. Sabía que ocurriría algo así. Sé ver a un campeón incluso cuando empieza. Ahora sí que estoy seguro de que acabaremos enfrentados un día cercano en un *ring*, disputando algo más que una simple pelea.

—Sigo diciendo igual que entonces, Ten —sonrió Ringo—. Dios quiera que tengas razón en eso. Aunque pierda ante ti, será un honor luchar para ganarte.

—Te quedan pocos obstáculos para disputar el título nacional, créeme. Alguna pelea en el Oeste del país, una en Nueva York con Jesse Cassidy, y tal vez alguno más en el Medio Oeste. Pero si tumbas a Cassidy en Nueva York y a *Sugar* Nelson en Los Ángeles, tendrás el camino expedito para el Madison Square Garden y para encontrarte conmigo con el título nacional en juego, no te quepa duda.

—Parece todo tan fácil, dicho así... —rio Héctor Valdés.

—No es difícil para ti, créeme —le puso una de sus enormes manazas en el hombro—. Créeme, chico, me gustará que llegue ese día. Y procuraré no confiarme contigo, palabra.

Salió del vestuario, rodeado de la expectación y del disparo de fotografías por parte de los reporteros asistentes. Una cámara portátil de TV fue filmando asimismo en video la marcha del campeón. Tras ella, sonriente, asomó el rostro de Cheryl Eastman, enmarcado por sus cabellos rojos.

—¿Se puede ver al campeón en su gran momento? —preguntó risueña.

—Por supuesto, Cheryl —se apresuró a afirmar él, saltando de su asiento y acercándose solícito a la joven, a quién estrechó ambas manos de

forma calurosa—. Creí que no vendrías a verme...

—Oh, ¿es posible que pensaras eso, Héctor? —le reprochó ella—. Estaba cumpliendo mis deberes profesionales. Piensa que esta noche Chicago estrena campeón, y esa noticia valía la pena. Hemos proyectado una biografía tuya, desde que viste el mundo en Buenos Aires, hace veintidós años. Te gustará verlo. Tengo el video de todo el programa.

—Esta noche me gustaría la tranquilidad, no tener que ver a más gente, recibir más abrazos y firmar más autógrafos —suspiró Ringo—. Max me ha dado permiso para hoy y mañana. Y te aseguro que no lo utilizaré tan mal como la noche en que, gracias a un miserable tongo, gané por primera vez a Keller...

—Que yo sepa, al menos, no vi a ninguna rubia por el pasillo, aunque sí estaba tu vieja amiga Molly en el público...

—No me hables de ella, por favor. Es asunto olvidado. ¿Existe alguna forma de salir de este estadio sin ser visto?

—Bueno, tratándose de *Ringo* Valdés esta noche, será difícil —sonrió ella, con un mohín de burla—. Pero se intentará. Conozco bien esto. Te guiaré, si me dejas.

—Estoy deseándolo. La verdad es que me gustaría cenar en un sitio tranquilo y recogido... si es que aceptas mi invitación. Ya sabes, donde no nos interrumpan los admiradores.

—Conozco el lugar, aunque sea un sitio lleno de fotografías de boxeadores. Son italianos, y verás allí viejas y amarillentas fotos de Primo Camera, su viejo ídolo. Son una gente excelente. Te respetarán la intimidad solo con pedírselo, no lo dudes.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando?

—A que se aclare un poco el panorama ahí fuera —rio ella—. Entonces será el momento de iniciar una prudente retirada...

* * *

—¿Satisfecho, Héctor?

—Sí, mucho. Es un sitio encantador. Y esos italianos son una gente estupenda. Conocí a muchos como ellos en mi tierra. Argentina está llena de italianos. ¿Sabes que mis primeros combates en el barrio de Belgrano los hice con el apodo de *Romano* Valdés? Todos los descendientes de italianos eran mis *fanes* más entusiastas... ¡Qué tiempos aquellos, Cheryl...!

—¿Los recuerdas con nostalgia? —sonrió ella, caminando a su lado por las húmedas y desiertas calles cercanas al lago Michigan, en plena noche.

—Con nostalgia y dolor a la vez, sí. Entonces yo era muy joven, apenas si había cumplido los catorce años. Mis padres vivían aún. Éramos pobres, pero felices. La vieja casita de tejas, la calle de barrio, música de tangos, los hombres siempre vigentes, antiguos y modernos a la vez, de Lepera y

de Irusta, de Gardel y de otros tantos... Entonces no podía soñar con los Estados Unidos, con un título en mis manos, con el sueño de intentar alcanzar un día el de todo el país, acaso el mundial incluso...

—¿Por qué no, Héctor? Casi todos empezaron como tú, salieron de la nada, Joe Louis, Sonny Listón, Clay, Patterson... Es un mundo duro y difícil, pero con tesón y condiciones se puede llegar a lo más alto. Tú tienes ambas cosas. Lo importante viene luego: saberse mantener en el pedestal, no caer...

—La caída siempre me dio más miedo que ninguna otra cosa —suspiró Ringo—. ¡He visto a tantos ser la máxima figura de su tiempo, y luego hundirse en la miseria más absoluta...!

—Tú no pasarás por eso, estoy segura —suspiró ella, parándose bajo una farola—. Eres inteligente, sabes rectificar los errores a tiempo...

—Cheryl, me gustaría que fuese todo como tú dices —murmuró Ringo, mirándola profundamente a los ojos—. ¿Y sabes por qué?

—Por ti, imagino. Por tu triunfo, por tu gloria...

—Y por ti también, Cheryl.

—¿Por mí? —se asombró ella, mirándole atónita.

—Eso es: por ti. Entonces, cuando sea alguien, si eso llega... ¿podría llegar a pedirte que fueses... que fueses un día mi esposa, la señora Valdés?

—¡Oh, Héctor...! —susurró la joven, emocionada, enrojeciendo vivamente.

Y cuando él la tomó en sus brazos para besarle los labios, no opuso la menor resistencia...

* * *

Fue una carrera meteórica la del joven campeón argentino, nacionalizado norteamericano.

Ganó a todos y cada uno de sus rivales, desde Nueva York a Los Ángeles: Jesse Cassidy, *Sugar* Nelson, Joe Appleton, *Bugsy* Miller, Floyd Danton...

Todas las victorias, excepto una por abandono y dos a los puntos, fueron por K.O., antes del décimo asalto. Un palmarés impresionante, que recorrió los Estados Unidos de extremo a extremo.

Y así, *Ringo* Valdés fue nombrado aspirante oficial al título nacional de los grandes pesos. Su rival para tal ocasión, *Tennessee* Jackson, el mito viviente...

—Sí, señores, ya tenemos en el horizonte, ante nosotros, a solo cuatro meses de distancia, el gran enfrentamiento que todos habíamos soñado —decía Cheryl Eastman, ante las cámaras de la televisión aquella mañana, en su programa deportivo habitual, con una sonrisa más radiante aún de lo habitual en su bonito rostro, tan familiar y estimado para los espectadores

de Chicago y de todo Illinois—. Nuestro campeón, el joven y arrollador *Ringo* Valdés, ha firmado su contrato con el promotor del combate, Jeremy Goldstein, y con el preparador de *Tennessee* Jackson, para el gran choque en la cumbre. ¡El título de los grandes pesos de los Estados Unidos, se disputará a quince asaltos, en el Madison Square Garden de Nueva York, en el próximo mes de marzo, y existe la posibilidad de que Chicago vea a su campeón alzarse con el título nacional de los pesados, para más tarde, quizá, convertirse en la nueva y gran esperanza blanca de este país, de cara al título mundial de la misma categoría!

Los rotativos, incluso los no deportivos de la ciudad, llevaban la noticia en su primera página, con grandes caracteres tipográficos:

*Ringo* Valdés al asalto de la fortaleza de Jackson en el Madison.

La fiebre no había hecho más que comenzar. A partir de ese momento, iría en aumento paulatinamente, para estallar en la gran noche del Madison, allá en Nueva York, cuando el joven inmigrante argentino y el poderoso campeón de color que conservaba ya durante más de tres años su título, se enfrentasen en la lona para dirimir la supremacía nacional. El gran sueño del joven nacido en el barrio de Belgrano bonaerense, estaba a punto de cumplirse.

Max Conty estableció el cuartel general en las afueras de Chicago, pero no lejos de la población, en un pequeño rancho que se alzaba en un verde prado de Fox Lake, al norte de la ciudad, si bien el tiempo a esperar era todavía mucho, y hasta después de las fiestas navideñas no se iniciaría la preparación a fondo, con vistas al gran combate.

Fiestas navideñas en las que la prensa local anunció también el próximo matrimonio de *Ringo* Valdés con la popular presentadora deportiva de la televisión, Cheryl Eastman. Todo, pues, sonreía al joven campeón. La boda, sin embargo, se había fijado para después del combate con *Ten* Jackson, fuera cual fuese el resultado de este. A Max le satisfizo eso, porque él opinaba que un novio en plena luna de miel no era la persona más idónea para concentrarse en una intensa preparación física y psíquica, de cara a un choque de aquella trascendencia tan decisiva en la carrera de un hombre.

Y así, apenas transcurridas unas Navidades particularmente frías en aquellas latitudes, pero que fueron para Héctor Valdés las más alegres y esperanzadoras de toda su vida hasta entonces, Max y Ray, preparadores del flamante campeón, iniciaron el retiro en Fox Lake, para iniciar la intensa preparación de su pupilo, previa al combate en Nueva York.

* * *

*Tennessee* Jackson miró fríamente a sus dos visitantes.

—Sí —dijo con voz helada—. Le conozco, señor Palermo. Le conozco

muy bien. Y a usted, señor Cochran. Nos hemos visto pocas veces, esa es la verdad. Solo cuando he disputado algún combate en Chicago, y de eso hace bastante tiempo. Pero su fama sigue siendo la misma de siempre.

Cochran no dijo nada. Se removió inquieto, mientras era Palermo, con su habitual sonrisa untuosa, quien inclinaba la cabeza como si acabara de recibir una deferencia exquisita por parte del gigante negro.

—Me alegra que nos recuerdes tan bien, muchacho —dijo son su falso paternalismo—. Yo siempre dije que llegarías a lo más alto, Jackson. Y así ha sido. Ahora, supongo que piensas seguir en la cumbre.

—Por supuesto. Me inspira mucho respeto ese joven campeón suyo, pero eso es todo. Yo, cuando salgo al *ring*, salgo siempre a ganar. Y gano.

—Lo sé, lo sé —suspiró Alvin Palermo—. Por eso estamos ahora aquí, muchacho. ¿No existirá un modo razonable de que, por una vez, el gran Jackson pierda un combate, para que un joven campeón local sea, al menos por un año, campeón del país? Luego, vuelves a enfrentarte con él, le zurras de lo lindo, y se acabó la historia.

Los oscuros ojos de Jackson se achicaron, clavados glacialmente en el popular promotor de combates de Illinois. Su voz sonó dura, chirriante:

—Salgan de mi casa, señores —silabeó—. Salgan, antes de que me olvide que soy un boxeador y no puedo pegar a nadie sin contravenir los reglamentos y las leyes. Es un ruego que les hago. Procuraré olvidar que me han hablado siquiera.

Cochran, algo pálido, inició la retirada. Palermo, en cambio, mantuvo su flema y su helada sonrisa, limitándose a responder apaciblemente:

—Vamos, vamos, Jackson. Sería por poco tiempo. Pongamos... seis meses. Un gran choque después, como revancha... y otra vez el gran *Ten* Jackson a la cima del país y del mundo. Eso no te impediría disputar el título mundial el próximo año, eso seguro.

—Les he dicho que salgan de aquí, Palermo. Empiezo a perder el control de mis actos. Yo no soy Dusty Keller. A mí no van a comprarme para un sucio tongo. Si ese muchacho puede ganarme limpiamente, seré el primero en felicitarle al acabar. Pero no consentiré que ni él ni otro sea un campeón prefabricado por la mafia del boxeo, ¿está eso bien claro? Vuelvan a su Chicago, que aquí, en Nueva York, no tienen nada que hacer.

—Creo que cometes un error, Ten —suspiró Palermo, encogiéndose de hombros—. En Chicago o en Nueva York, las cosas del boxeo siempre son iguales. Solo cambiamos los hombres que las llevamos a cabo entre bastidores. Y aquí tengo buenos amigos...

—¿Eso es una amenaza? —tronó el negro, cerrando sus colosales puños con gesto agresivo.

—No, no —rio suavemente Palermo, iniciando la marcha hacia la salida—. Vamos, querido Cochran. Nuestra visita ha sido completamente

inútil. Lo siento por ti, Jackson. Te hubieras podido embolsar fácilmente doscientos mil dólares, aparte la bolsa que te corresponde...

—Váyanse al infierno los dos y su asqueroso y sucio dinero —rugió el gigante, cerrando con un violento portazo.

Los dos mafiosos de Chicago alcanzaron la calle. Allí, Cochran se detuvo en la acera, mirando apurado a su socio y compinche.

—¿Qué hacemos ahora, Alvin? —se lamentó—. Es un tipo duro...

—Eso lo sabía antes de ir a verle. Pero valía la pena intentarlo, Art. Ahora sabemos lo que tenemos que hacer, amigo mío. Después de todo, también Jackson tiene familia... Sobre todo, una hija encantadora, de diez añitos, a la que adora...

—Alvin, no te propondrás... Estamos en Nueva York, no en Chicago...

—Lo sé. Pero, ya le advertí a ese grandullón negro que tengo buenos amigos. Y eso es cierto. Amigos que harán lo que yo diga, sin que nadie tenga por qué enterarse...

* * *

Faltaban solamente dos horas para el gran choque en el Madison Square Garden. Las localidades estaban agotadas desde hacía semanas, y la televisión iba a retransmitir a todo el país el acontecimiento deportivo.

Justo entonces, llegó la esposa de Jackson al hotel, pidiendo ver a su marido.

Este, ceñudo, abrazó a su esposa y la miró, perplejo.

—Te tengo dicho siempre que no quiero verte aquí antes del combate, querida —dijo con suave tono de reproche—. ¿A qué has venido? Ya estamos a punto de salir hacia el estadio...

—Tenía que hablar contigo. Ahora mismo —susurró ella con voz ahogada—. A solas, te lo ruego.

Jackson la estudió, perplejo. Luego hizo un gesto a su cuidador para que saliera, y se quedaron los dos solos.

—¿Y bien? —indagó el gigantesco boxeador—. ¿Qué es lo que quieres?

Ella, sin responder, le tendió un papel doblado y se echó a llorar. Preocupado, Jackson desplegó el papel. Su rostro se tornó del color de la ceniza al leer aquellas palabras en letras mayúsculas, trazadas irregularmente sobre el papel blanco y vulgar:

No sufras por tu pequeña Shirley. Está bien. De ti depende que siga igual cuando acabe el combate. Si ganas o avisas a la policía, dala por muerta.

Miró con horror a su mujer, temblándole las manos, que estrujaban el papel. Ella susurró con voz quebrada, entre sollozos:

—No ha vuelto del colegio... Nadie sabe dónde está...

# CAPÍTULO VII

*Tennessee* Jackson salió como él solía hacerlo: en tromba.

*Ringo* Valdés esperaba eso. Max se lo había advertido hasta la saciedad, lo había visto en todos los videos de los combates del gigantesco negro. Y estaba preparado para capear el temporal sin apuros.

Los golpes de Jackson carecían de precisión, al menos por el momento. Se perdían en el vacío o llegaban a su destino con escasa fuerza. La mirada del campeón era fija y algo turbia. Héctor se dijo que aquel hombre particularmente nervioso esta noche. ¿Sería posible que se preocupara tanto por su rival?

Aun así, en un momento del primer *round*, el puño de Tennessee le alcanzó de lleno, lanzándole contra las cuerdas, aturdido. El campeón le miró como si temiese haberle causado un daño irreversible. Atacó de nuevo, pero sin convicción, permitiendo a Héctor recuperarse.

«Decididamente, no es su noche —se dijo para sí el joven argentino—. Pudo haber intentado remacharme y no lo hizo. Parece preocupado, distraído...»

El primer *round* no tuvo historia ya. Ambos se dedicaron a la esgrima en el centro del cuadrilátero, evitando cuidadosamente cualquier error. Max le masajeó, mirando pensativo a su rival, al otro lado del cuadrilátero.

—Parece menos fiero el león de lo que lo pintan, ¿eh? —sonrió Valdés.

—Sí, pero no te fíes —Max arrugó el ceño, cambiando una mirada con Ray—. Puede que esté preocupado por este combate. Sin embargo, siempre es temible. Te alcanzó una sola vez y te hizo daño, recuérdalo.

—Lo sé, Max. No obstante, si sigue así es posible que le ponga en algún apuro. Se descubre mucho el flanco derecho. Y a veces el mentón.

—Puede ser una añagaza. Si entras a fondo, te sorprenderá con su contraataque. Ese ha sido siempre su fuerte.

El *gong* interrumpió la charla. Jackson se puso en pie casi violentamente, avanzando hacia el centro del *ring*, la mirada fija en su rival. Parecía dispuesto a terminar de una vez. El público rugió, presintiendo lo que podía suceder. Conocían demasiado bien a Jackson y sabían lo que podía significar esa actitud suya.

En la tercera fila de *ring*, Cochran y Palermo cambiaron una mirada de preocupación. El primero torció el gesto.

—Parece que va dispuesto a ganar ahora a Valdés —dijo con voz ronca.

—Sí, da esa impresión —afirmó Palermo, mordiéndose el labio—. Está

loco si lo hace. Sabe lo que se juega.

—A mí me preocupa ese hombre. Es capaz de matarnos si algo le sucede a la niña...

—Por su bien, espero que no haga eso. Hay demasiado dinero en juego esta noche.

Pero lo cierto es que un clamor frenó las palabras de Palermo. Valdés acababa de caer a la lona, de bruces, alcanzado por un crochet de derecha del campeón, cuando había intentado aprovechar un descuido de Jackson. El público se puso en pie, mientras el árbitro iniciaba la cuenta.

«Está loco —repitió para sí Palermo—. No puede hacerlo...»

A la cuenta de seis, se incorporó lentamente Héctor, con un intenso dolor en su ojo izquierdo. La ceja, la temida ceja «de cristal», le había hecho ya la mala jugada. Estaba sangrando. El golpe de Jackson había sido demoledor. Fue hacia él, como un toro furioso, para recibir otro impacto seco en el hígado, que le hizo retroceder tambaleante. Apenas recuperado, le alcanzaron de nuevo, ahora en el mentón. Creyó que la boca le estallaba en mil pedazos, notó el acre sabor de la sangre, y vomitó su protector en la lona, cayendo con una rodilla en el suelo.

El árbitro detuvo el combate para contar y recoger el protector. Valdés tenía una roja nube ante sus ojos, y no toda ella era producto de la sangre de su ceja, abierta. Jackson, ante él, era como un monolito de oscuro bronce, dominando todo el *ring*.

—Cinco... seis... siete... —la cuenta se agotaba peligrosamente para él —. Ocho... NUEVE...

Ya se había puesto en pie. Jackson parecía furioso por algo. Era como si no estuviera pegando a un rival en el *ring*, sino a un enemigo mortal a quién odiara. Fue hacia Valdés como una flecha, enarbolando sus terribles puños. Le lanzó varios golpes que pudo blocar lo mejor posible. Oyó mascullar a su adversario, a través de la goma del protector, con el gesto contraído:

—Cerdos... ¡Cerdos! Mataré a quién lo haga... ¡Mataré a todos, si es preciso! ¡Jackson no se vende, Jackson no se vende, canallas, rufianes...!

Valdés no entendía nada. Pero la propia ira del negro estaba siendo ahora su peor enemigo. Parecía como ciego, masacraba el aire con sus enormes puños, como si cada molécula de oxígeno fuese un adversario a quién triturar.

Tal vez por eso, Ringo vio de pronto su gran ocasión. El rostro y el hígado de su poderoso rival estaban al descubierto. El *gong* sonaría de un momento a otro.

No vaciló. Disparó su zurda al hígado y su derecha al mentón. Los dos impactos llegaron nítidos. Crujió el cuero al machacar la carne y el hueso. Jackson se dobló, sin aliento, vacilante. Valdés le siguió pegando, ahora en

el rostro y el hígado, alternativamente. Le oyó toser, jadear.

El coloso se agrietaba. Fue hacia las cuerdas. Y allí, Héctor Valdés le cazó de modo escalofriante con un seco zurdazo cruzado, que le envió a la lona como una mole abatida. Tembló el *ring* al recibir, por vez primera en mucho tiempo, la humanidad colosal del gran Jackson.

Aturdido, Héctor se quedó en pie ante su enemigo, sin poderlo creer él mismo. Un murmullo de estupor recorrió la sala. Cochran y Palermo se miraron, incrédulos.

—Ese gaucho... —jadeó Cochran—. Le pegó de veras al campeón. Le cazó...

—Jackson no hizo mucho por perder, pero su furia le está perdiendo... —silabeó Palermo, ceñudo.

—Cuatro... cinco... seis... —contaba el árbitro, implacable.

Héctor esperaba, jadeante, los puños en ristre. El negro campeón no se movía aún.

—Siete... ocho... nueve...

El *gong* sonó, salvador, para Jackson. El campeón fue retirado presurosamente al rincón. Un murmullo sordo de estupor y desconcierto invadía el Madison. Las anteriores miradas de ironía al joven aspirante, eran ahora del máximo respeto. Todos habían comprobado los enormes errores de Jackson, pero también la contundencia y precisión de los golpes de Ringo. Y, sobre todo, su valentía.

Pudieron rehacer al maltrecho Jackson en aquel breve intermedio. Y sonó la campana para el tercer *round*. Jackson salió de su rincón decidido, pero inseguro. Se encontró con su adversario en el centro de la lona. Se intercambiaron algunos golpes.

Y, de repente, Ringo pegó fuerte de nuevo, con Jackson aún aturdido, confuso de ideas y lento de reflejos. El zurdazo en su mentón sonó como un martillazo. La gente se quedó sin aliento.

Jackson vaciló, aún en pie. Puso los ojos en blanco. Boqueó.

Y se derrumbó nuevamente, levantando una polvareda de la lona. Un hálito de tragedia flotó en el ambiente. Todos sabían que Jackson ya no reanudaría la pelea. Todo se había terminado. La cuenta de diez no sorprendió a nadie. Cuando el negro fue llevado a duras penas a su rincón, todavía estaba casi inconsciente.

*Ringo* Valdés era el nuevo campeón de los Estados Unidos.

* * *

El local era ya uno de los pocos que permanecían abiertos en las proximidades del ahora desierto y silencioso Madison Square Garden neoyorquino. Lloviznaba ligeramente sobre Manhattan y las calles aparecían mojadas, negro y brillante como charol el asfalto. Circulaban

muy pocos coches. Eran las cinco de la mañana, y las primeras ediciones de los diarios comenzaban a salir a la calle, empaquetadas para sus ventas, con un titular idéntico en todas las primeras planas:

*Ringo* Valdés, nuevo campeón. Jackson, derrotado por K.O.

Ringo empujó la puerta vidriera. Entró en el local. Había solo un hombre tras el mostrador, con un cigarro apagado entre los labios, rodeado por fotografías históricas del boxeo decorando todos los muros del bar. Dempsey, Tunney, Max Baer, Camera, Joe Louis, Liston, Willard, Schmeling, Charles... Toda la historia del boxeo, plasmada en amarillentas fotos.

—Vamos a cerrar, amigo —dijo el hombre, mirándole distraídamente.

Ringo asintió con la cabeza, inclinando el rostro para no ser reconocido. Se acodó en el final del mostrador.

—Solo una copa, por favor —pidió—. También yo me retiro ya.

—Bueno, pero solo una, ¿eh? —rezongó el dueño del bar—. ¿Whisky?

—No —negó Ringo—. Brandy.

Le sirvió. El hombre ni le miró la cara. Héctor pagó, la cabeza baja, pensando en su triunfo radiante de aquella noche, pensando en Cheryl, a quién había dejado en el hotel a las dos de la madrugada, para irse luego a recorrer la ciudad, celebrando su éxito de forma anónima, puesto que nadie virtualmente le identificó en aquella ciudad que no le había visto sino en televisión durante aquella noche misma.

Observó que no estaba solo con el dueño del local. Un hombre dormía, allá en una mesa arrinconada, al fondo de la sala. Era un tipo grande y pesado, pero no podía ver más de él. Llevaba gorra y se apoyaba en sus brazos, sin vérsele el rostro. Parecía de color.

Probó un sorbo de brandy. Una puerta se abrió tras la barra. Asomó una mujer canosa, con gesto cansado.

—¿Todavía no cierras, Ralph? —preguntó al hombre—. Es muy tarde.

—Ya va, mujer, ya va. Ha sido una noche muy dura. Siempre lo son estas noches así. Y si Jackson hubiera ganado, esto estaría todavía lleno. Pero ganando ese gaucho maldito...

—¿Por qué dices eso? —se quejó ella—. Vi el final del combate. Ganó bien, ¿no?

—Eso es lo que parecía, mujer. Sigues sin entender demasiado de boxeo. Ahí tienes ahora al ex campeón. Borracho como una cuba —señaló a la mesa alejada—. Pobre Ten...

Ringo se estremeció. ¿Era posible? Miró al hombretón dormido en la mesa. De modo que era él... Se disponía a ir a su encuentro, cuando oyó algo más.

—¿Por qué ha bebido tanto? —preguntó la mujer—. Él no es así nunca...

—No lo ha hecho por perder, no. Le oí hablar cuando estaba ya muy bebido. Lo decía todo. Esos canallas de la mafia protegen al chico argentino, ¿sabes? Fue como aquello de Keller en Chicago... Jackson se vendió. Tuvo que hacerlo, se dejó ganar, aunque al principio se rebeló contra esa idea...

—Cielos, Ralph, no. Eso no puede ser. Jackson nunca haría algo así...

—Pues esta vez lo hizo. No tenía otro remedio. Le oí hablar de ello. Shirley, su hijita... La raptaron esos miserables. Iban a matarla si avisaba a la policía o ganaba al argentino. Malditos sean todos. Solo así podían acabar con él. Desde hoy, será una ruina.

Ringo estaba helado. Se pasó una mano sudorosa por el rostro. No podía creer lo que oía. Pero recordó las raras reacciones de Jackson aquella noche; sus palabras sin sentido, el modo de pegar inicial... y luego su desmoronamiento.

—Oh, no, Dios, no... Eso no —jadeó Héctor, lívido—. Otra vez las apuestas... Han debido embolsarse millones. Pero esta vez no nos dijeron nada... Si Jackson llega a ganarme... ahora su pequeña estaría muerta, asesinada por esos... esos...

Se incorporó de un salto. Fue como una flecha hacia Jackson, ante la sorpresa del dueño del bar y su mujer. Le zarandeó con violencia.

—¡Ten, eh, Ten, escucha! —bramó—. ¡Soy yo, *Ringo* Valdés! ¡Tienes que escucharme, Ten, amigo! ¡Yo no sabía nada! No sabía nada, te lo juro... ¡Yo nunca supe que tenías que perder conmigo...! ¡Ten, amigo, tienes que oírme...!

El gigante negro despertó a duras penas. Le miró turbiamente, como a través de una espesa bruma. Su voz sonó ronca, entrecortada, pastosa:

—Ringo... Déjame en paz, muchacho... Sé que tú no tienes la culpa... Vete, vete y déjame... Esto se ha terminado para mí... Ya nunca... nunca más volveré a subir a un *ring*... Ahora déjame... déjame dormir...

Y cayó de nuevo pesadamente sobre la mesa, rompiendo a llorar.

Ringo se volvió al dueño del bar. Estaba demudado, frenético.

—¿Qué puedo hacer por él? —gimió—. No puede quedarse aquí toda la noche.

—No se preocupe, amigo —dijo el hombre—. Llamaré a un taxi y le enviaré a casa. No le sucederá nada. Aquí todos queremos a Jackson. Siento... siento haber dicho antes lo que dije, Ringo...

—Es igual. Tal vez tenía razón. No vale la pena luchar tanto para ganar luego con un sucio y miserable tongo a un hombre honrado y bueno. Nada de esto vale la pena. Es un mundo asqueroso, corrompido. Tal vez Jackson nunca más pelee. Pero en cuanto a mí, le juro, amigo, que jamás volveré a

subir a un *ring*. ¡Palabra de *Ringo* Valdés!

Y salió del bar, pegando un seco portazo, para hundirse en la húmeda madrugada de Nueva York, a solas con su amargura, con su decepción, con su rabia y su frustración.

# CAPÍTULO VIII

Art Cochran miró con terror al hombre que acababa de penetrar como un alud en su despacho de Chicago. La secretaria trataba de seguir a *Ringo* Valdés para impedirle el acceso, pero difícilmente una mujer podía evitar que un hombre joven, poderoso, con más de doscientas libras de peso y una mole musculosa, penetrase como un ciclón en el despacho de su jefe.

—¡Ringo, amigo! —sonrió Cochran, tendiéndole una mano, jovial—. ¿A qué debo el placer de tu temprana visita esta mañana? Te creía aún en Nueva York, celebrando tu victoria de anoche...

—Acabo de llegar en el primer avión matinal, sucio hijo de perra —silabeó Ringo, ante el horror de la secretaria, que quedó fuera cuando el boxeador cerró de un portazo—. Y lo primero que hago es venir a verte para que sepas algo: me he enterado de todo vuestro sucio negocio de anoche. Sé lo que pasó con Jackson.

—¿A qué te refieres? —pese a su aparente calma, la palidez invadió el rostro de Cochran—. Temo no entender una sola palabra, Ringo.

—Las entiendes todas muy bien, sucio bastardo. ¡Tú y Palermo secuestrasteis a la hija de Jackson, con orden de matarla si él no se dejaba ganar por mí! ¡Así os embolsasteis todo el dinero de las apuestas, que iban treinta a uno a favor de Jackson!

—Creo que deliras, muchacho. No sabes lo que dices.

—¿No? Veremos si piensas igual cuando repita todo esto hoy, en televisión, para el programa local. Todos van a saber, al fin, quiénes sois, pandilla de rufianes.

—No... no te atreverás a algo así —jadeó Cochran—. Sería tu ruina... Nadie te contrataría, por muy campeón que fueses... Palermo es muy influyente...

—Ya lo he comprobado en Nueva York, pero va siendo hora de que alguien os haga frente a todos, miserable chusma. No vais a poderme hacer nada, porque abandono el boxeo. ¿Está eso claro? ¡Lo he dejado ya! Anunciaré mi retirada por televisión, antes de acusaros a ti y a Palermo de secuestro con amenazas de muerte y arreglo de un combate por un título nacional. Sois vosotros los que estáis acabados en cuanto yo hable. Y si pensáis asesinarme para evitarlo, empieza a olvidarlo, amigo. Antes de venir hacia acá, envié por correo una carta a cierto abogado que solo yo conozco. La escribí en el avión. Lo cuento todo con detalle, y digo allí que si alguien me causa daño o muero de un accidente poco claro, o cosa

parecida, las culpas serán para ti y para Palermo. De modo que id pensando en otra cosa para silenciarme.

Mortalmente pálido, Cochran no sabía qué decir. Se apoyó en su mesa para tartajear aterrado:

—Estás loco, Ringo... No puedes hacer eso...

—Ya está hecho. Y ahora vendrá el resto. Conectad la TV a las tres de la tarde. En el programa deportivo de esa hora, hablaré claro para todo el país, tenedlo por seguro.

Y salió de nuevo, dando un portazo. Cochran, como un náufrago que buscase un asidero en el mar, se precipitó hacia el teléfono. Marcó nerviosamente un número e informó de cuanto sucedía a Alvin Palermo.

Tras una sarta de imprecaciones, la voz de este se suavizó. Hubo una pausa. Y finalmente, Palermo resolvió con frialdad:

—Muy bien. Si quiere guerra con nosotros, va a tenerla. Avisa a Megg y a los demás. Ocupaos de alguien a quién él estima mucho. Hacedla desaparecer. Y avisad luego a ese charlatán. Si habla algo, Cheryl Eastman, su prometida, aparecerá ahogada en el Michigan...

* * *

—Lo siento, Ringo. Tendremos que empezar sin ella —suspiró Lester Harrison, el jefe de programación deportiva de la emisora de televisión local—. Cheryl no está en casa ni ha llegado al estudio, y ya pasan cinco minutos de las tres. No podemos demorar más el inicio del programa. ¿Sigues decidido a aparecer ante las cámaras para denunciar algo grave, como me has dicho?

—Así es. Anunciaré mi retirada del boxeo y denunciaré un hecho criminal muy serio. Espero que esto sirva para que el deporte se limpie un poco en el país, Lester.

—Muy bien. Vamos allá, entonces. Tal vez Cheryl llegue durante la emisión. Ella no se ha retrasado nunca.

En ese momento, cuando se dirigían al estudio para iniciar el programa, un botones de la emisora llegó hasta Ringo y le tendió un sobre cerrado.

—Es para ti, campeón —dijo risueño—. A entregar ahora mismo, en propia mano. Muy urgente.

Ring frunció el ceño, tomando el sobre. Lo rasgó. Contenía un simple papel, con unas escasas palabras escritas en él:

Cheryl está pasando un mal rato. Pero sigue con vida. No dejes que las cosas cambien. Su vida depende de tus palabras. Piénsalo.

Una lividez intensa cubrió la faz de Ringo. Lester le miró, sorprendido.

—¿Te ocurre algo? —demandó—. Pareces enfermo...

—No es nada —guardó rápidamente el papel y tragó saliva. Su rostro

era una máscara de cera—. Anula mi programa. No saldré en televisión. No aún, Lester.

—Como quieras. ¿Lo has pensado mejor?

—Me han hecho pensar de otro modo —silabeó él roncamente. Sus ojos eran dos heladas agujas de acero fijas en el vacío—. Llamaré otra vez a Cheryl. Tú ve a tu emisión y no te preocupes por mí.

—De acuerdo. Si vuelves a decidir algo, avísame.

El asintió distraído. Sus mandíbulas encajadas eran un indicio de tensión y de furia mal contenida. Al retirarse, avisó a Lester:

—Anticipa algo a los espectadores. Diles que *Ringo* Valdés no volverá a subir a un *ring*. Esa es una decisión definitiva.

Y salió de la emisora como una centella. Subió a un taxi y le dio una dirección. Iba a hacer una visita «de cumplido» a una persona llamada Megg Miller.

* * *

Cheryl Eastman contempló preocupada a los cuatro hombres que guardaban el amplio almacén de Evanston, a las orillas del lago Michigan, no lejos de un embarcadero privado deportivo.

Sabía que todos ellos llevaban armas de fuego bajo sus gabardinas o abrigos. Fuera, silbaba el frío viento de marzo, y el tiempo presagiaba lluvia. Hacía frío y humedad dentro de aquel amplio y destartalado recinto al que había sido conducida a punta de pistola por los matones.

—¿Piensan dejar mi cadáver aquí, o arrojarlo al río con un bloque de cemento? —preguntó con voz helada, cuando uno de los hombres se detuvo a pocos pasos de ella.

El individuo era flaco, cetrino y de mirada huidiza. «No le había visto nunca antes de ahora, pero no hacía falta ser una experta —pensó Cheryl —, para comprender que era un pistolero a sueldo, como todos los demás». Aparte de aquellos cuatro que la vigilaban, había otros dos fuera, igualmente armados.

—Se cree muy graciosa, ¿eh? —farfulló el pistolero—. Será mejor que mantenga la boca cerrada. Ustedes, las mujeres, siempre hablan demasiado.

Cheryl se limitó a encogerse de hombros y volver a la carga con voz irónica:

—Me gustaría saber qué pretenden media docena de gorilas grandullones como ustedes, trayendo a este lugar a una chica indefensa. No creo necesitar tanta gente para mí sola. A menos que esperen la llegada de alguien a quién tengan miedo...

Sin saber por qué, se dio cuenta de que había dado en el blanco. El tipo tragó saliva, la escudriñó con cara de pocos amigos y meneó la cabeza, irritado.

—Lo dicho —rezongó—. Habla demasiado. Nadie pretende hacerle daño, señorita. Solo cumplimos órdenes. Permanecerá aquí el tiempo preciso para que alguien recapacite lo suficiente y se comprometa por escrito a algo... Cosa de un día o dos como máximo, pero si no intenta escapar, nadie le hará daño. Y ahora cállese de una maldita vez.

Se alejó, paseando, para reunirse con sus compinches. Charlaron entre ellos, mirándola en dos o tres ocasiones. Inesperadamente, la puerta metálica del almacén se abrió, y uno de ellos entró, con aire agitado, informando de algo a sus compañeros:

—Ese tipo, *Ringo* Valdés... ha colgado los guantes —anunció, llegando la noticia a oídos de Cheryl—. Lo ha dicho Lester Harrison en el informativo deportivo de las tres por la televisión. Es noticia de última hora. El campeón no volverá a pelear. Han prometido ampliar detalles en otro informativo.

Cheryl se mordió el labio inferior. Inicialmente, no pudo creer aquello. Era absurdo que Ringo, al día siguiente de proclamarse campeón del país, abandonara el boxeo. No tenía el menor sentido. Sin embargo, conocía bien a Lester. Él no diría algo así, sin motivos fundados para ello. Pero, ¿por qué no había salido el propio Héctor a dar la noticia? La había llamado a ella aquella misma mañana a primera hora, para decirle que acudiría a la emisión deportiva para informar de algo grave. Y ahora ocurría esto...

La vaga aprensión de que su secuestro tuviera algo que ver con Ringo y con el mundillo del boxeo, se hizo casi convicción en su mente. Algo oscuro y turbio sucedía en torno a su prometido y al título. Solo eso podía justificar un secuestro... y la decisión asombrosa de Héctor.

Transcurrieron un par de horas más. Ahora eran tres quienes la aguardaban y otros tres los que montaban guardia fuera, cerca del embarcadero. En un momento dado, creyó oír un grito ronco y un golpe en el exterior.

Aguzó el oído, pero no oyó sonido alguno nuevo, y apartó de sí la idea, atribuyéndola a cualquier hecho sin importancia.

No obstante, unos minutos más tarde, el tipo ratonil consultó su reloj, arrugando el ceño.

—Bugsy debería haber regresado ya —comentó sordamente—. ¿Qué mil diablos hace ahí afuera? Yo también quiero salir a dar una vuelta al aire libre y no seguir aquí encerrado...

—Ya sabes cómo es él —dijo uno de sus compinches—. Llámale, o vendrá cuando le entre en gana. A lo mejor ha visto a alguna chica por ahí y se ha enredado con ella.

El tipo asintió, abriendo la puerta metálica del amplio cierre del almacén, para asomar al exterior y llamar a su compañero.

Fue como si de allá fuera penetrase en el húmedo y lóbrego almacén un

alud hecho martillo. Algo se estrelló contra el rostro del tipo ratonil con seco chasquido, y este emitió un alarido ronco y desesperado. Su cara afilada se convirtió en un amasijo de sangre y huesos rotos. Cayó como fulminado.

Antes de que sus dos compinches pudieran reaccionar y empuñar sus pistolas automáticas provistas de silenciador, que buscaron apresuradamente bajo la axila izquierda, una furia hecha músculos y fibras penetró en el local como un huracán devastador.

Dos brazos poderosos, demoledores, se dirigieron hacia los dos pistoleros. Los aferró por los cuellos, alzándolos en alto, como dos monigotes. Dos manos macizas, fuertes, musculosas, zarandearon los cuerpos igual que si fuesen de goma o trapo, antes de arrojarlos contra el muro. Allí rebotaron igual que peleles, para caer ante el terrible agresor.

—¡Ringo! ¡Dios sea loado, eres tú! —clamó Cheryl, corriendo animosa hacia él—. ¡Ten cuidado, todos van armados!

Héctor Valdés demostró que las armas de fuego eran poco obstáculo para él. Cuando los dos individuos, tratando de recuperarse, se incorporaban, empuñando sus pistolas, fue hacia ellos y les conectó dos formidables *uppercuts* al mentón, uno con cada mano.

Fue como destrozar sus mandíbulas, que chascaron agriamente, vomitando sangre sus bocas, y volando por el aire, para ir a estrellarse contra el cemento del suelo, donde quedaron inmóviles, totalmente fuera de combate.

—Lo siento por ellos —rio duramente Ringo—. Pero abandoné el boxeo y puedo pegarles impunemente. Además, creo que pegar a un tipo armado, cuando es un secuestrador, no es ningún delito... Cheryl, cariño, ¿te encuentras bien?

—Creo que sí. Un poco asustada... pero nada más, cariño —suspiró ella, mientras el joven boxeador se aproximaba y la despojaba de sus ligaduras—. ¿Cómo pudiste dar conmigo aquí?

—No fue difícil —la alzó en sus brazos, mirándola amorosamente—. Cuando supe que te ocurría algo, no perdí el tiempo. Estaba seguro de que Megg Milder tenía que saber algo. Fui en su busca. Estaba con su amada Molly Larson, para variar. Cogí a los dos por el cuello tras escucharles protestas de inocencia y jurarme que ignoraban completamente lo que te podía suceder. Los saqué por la ventana, dejándolos colgar sobre la calle un buen rato. Ya sabes que Megg tiene sus oficinas en un sexto piso. Creo que lo pasaron bastante mal, pataleando en el vacío. Molly se desmayó pronto. Y Megg lloraba cuando me confesó dónde te habían metido.

—Me hubiera gustado estar presente en eso —sonrió la joven, abrazándose a su salvador. Miró a la puerta. Por ella asomaban ahora varios hombres de uniforme y otros de paisano, todos ellos armados—. ¿Viniste

con la policía, Héctor?

—Pensé que era mi obligación hacerlo, pero les pedí resolver las cosas a mí modo antes de que ellos intervinieran. Allá fuera hay otros dos tipos en bastante mal estado. Espero que esto les sirva de escarmiento para no trabajar más con esos malditos mafiosos. Ah, por cierto, Megg lo contó todo sobre Cochran y Palermo. Creo que iban a arrestarlos, acusados de un montón de cosas. Al menos durante bastantes años, dejarán de controlar el mundo del boxeo en Chicago.

—Eso que saldrá ganando el deporte —musitó Cheryl, complacida, abrazándose a él con más fuerza todavía.

* * *

La botella sonó con estruendo cuando Héctor la descorchó. El champaña, burbujeante, cayó en las copas alegremente.

—Creo que vale la pena celebrar esto, aunque perdamos a un gran boxeador —suspiró Max Conty—, ¿de veras lo has pensado bien, muchacho?

—Del todo, Max —afirmó Héctor Valdés, junto a su prometida, en la habitación del hotel de Nueva York donde se habían reunido con *Tennessee* Jackson y con Ray, que ahora, al igual que Max, trabajaría para el ex campeón—. Por eso estamos aquí ahora. Es una despedida feliz, de modo que nada de sentimentalismo ni nostalgias.

Las cinco copas de champaña entrechocaron musicalmente.

—Por el mejor hombre que ha habido en el boxeo —dijo solemnemente *Tennessee* Jackson, con una amplia sonrisa en su negro rostro, bajo el cráneo rapado—. Por *Ringo* Valdés, el campeón que se va de esto sin dejar de ser campeón.

Bebieron. Luego, Ringo sonrió, dejando su copa.

—No digas eso, Ten —replicó—. Tú siempre fuiste el campeón. Solo mediante un tongo podía vencerte...

—No, Ringo, muchacho —negó Jackson—. Tus preparadores, Max y Ray, saben bien cuándo hay tongo y cuándo no. Ellos podrán decirte que ganaste en buena lid. Lo cierto es que estaba como loco. Mi furia era tal, que puse en peligro la vida de mi hijita. Estaba dispuesto a acabar contigo, aplastarte en el *ring*, y luego matar a esos dos reptiles, Cochran y Palermo. Por fortuna para mí, para mí hija Shirley y para todos, tú supiste aprovechar mi ciego odio, mi rabia irreflexiva, y cazarme bien con tus golpes. Jamás ganará nadie tan limpiamente a *Tennessee* Jackson como tú lo hiciste aquella noche, muchacho, te lo juro. Por eso no vuelvo como campeón, sino que Jesse Cassidy y yo disputaremos una pelea por el título que tú dejas vacante, como es de justicia. Será el mejor homenaje a un boxeador que pudo serlo todo, y no quiere ser nada, salvo un buen esposo y un

hombre recto.

—Te prometo estar presente para verte recobrar el título que mereces, Ten —sonrió Ringo, abrazándose al veterano campeón.

Max y Ray sonrieron, volviendo a llenar las copas de champaña. Cheryl, risueña, se colgó del brazo de su prometido cuando ambos campeones se separaron.

—Ringo vuelve a su Argentina natal —explicó—. Y yo voy con él. A partir de ahora, será otra Cheryl Eastman la que comparta la vida con Héctor Valdés, lejos del boxeo, de la televisión y de todo eso. Si él tuvo valor para tonar su decisión, yo también he tomado la mía sin vacilar. Y me siento feliz.

Ringo miró a su joven y bella novia. La abrazó. Se unieron sus bocas en un largo beso. Y los otros tres hombres, brindaron ahora por la feliz pareja.

**F I N**




**EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**

**Precio en España 60 ptas.**